

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
Nº 50 Segundo Semestre de 2001

HUMANIDADES

Rosamel del Valle, un poeta del porvenir, <i>Leonardo Sanhueza</i>	9
Torreón del renegado: Espacio mítico en la poesía de Gonzalo Rojas, <i>Ana Figueroa</i>	27
Pedro Lemebel, Apuntes para un estudio, <i>Salvador Benadava C.</i>	41
La poesía inteligente de Germán Carrasco, <i>Grinor Rojo</i>	75
La novela de marcuetería, <i>Fernando Emmerich</i>	85
¿De dónde venimos?, <i>Ambrosio Rabanales</i>	91
La amplia pertenencia de Gabriel García Márquez, <i>Sara Almaraz</i>	101
Mariano Picón-Salas: Un precursor de la psicohistoria, <i>Luis Rubilar Solís</i>	109
El aymara, Magna lengua, <i>Carlos Ruiz R.</i>	125

CIENCIAS SOCIALES

La inmigración como factor dinámico en el proyecto de la industrialización de la Sociedad de Fomento Fabril (SOROTEX) 1882-1903, <i>Baldomero Estrada</i>	141
La modernización de la agricultura chilena. Pobreza y medio ambiente después de la reestructuración productiva, <i>Jaimé Rosenblitt</i> , <i>Martín Correa</i> y <i>Ernst R. Hajek</i>	163
Prejuicios e historia: Desafíos de la hermenéutica ontológica, <i>Ignacio Muñoz D.</i>	193
Mestizaje disimulado y la estrategia de "pasar" en <i>La historia de Tlaxcala</i> de Diego Muñoz Camargo, <i>Marilyn Miller</i>	239
Licurgo en la zona tórrida: Reflexiones sobre la edición e interpretación en la obra de Andrés Bello, <i>Isaías Jaksic</i>	257
La guerra preventiva, Escuela Santa María de Iquique, <i>Sergio Grez T.</i>	271
"¡En tiempo de chaya nadie se enoja!": La fiesta popular del carnaval en Santiago de Chile 1880-1910, <i>Maximiliano Salinas C.</i>	281

TESTIMONIOS

De la crónica, la historia y la narración en las obras de Jorge Edwards: Un tema con variaciones, <i>José Ricardo Morales</i>	339
La Biblioteca de don Guillermo, <i>Justo Alarcón R.</i>	335
Crónicas desde Nueva York, <i>Rosamel del Valle</i>	353

COMENTARIOS DE LIBROS

Eduardo Devés V., El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la Cepal (1900-1950), <i>Carlos Ossandón B.</i>	387
Maximiliano Salinas, En el cielo están trillando. Para una historia de las creencias populares en Chile e Iberoamérica, <i>Sonia Montecino A.</i>	389
Pedro Lastra, Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers (comp.), Varía lección, Ricardo Latcham, <i>Miguel Gomes</i>	394
Víctor Fariñas, Heidegger y el nazismo, <i>Breno Onetto</i>	397
Hernán Castellano, Calducho o las serpientes de la calle Ahumada, <i>Luis Andrés Figueroa</i>	402
Juan Villegas, Para la interpretación del teatro como construcción visual, <i>Juan Battistini</i>	408
Bruno Groppo y Patricia Flier (comp.), La imposibilidad del olvido: Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay, <i>Carla Penaloza P.</i>	410
Carlos Ossandón B. y Eduardo Santa Cruz A., Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile, <i>Sergio Grez T.</i>	413
Rafael Sagredo Baeza, Vapor al norte, tren al sur. Los viajes presidenciales como práctica política en Chile, <i>Carlos Bascurán E.</i>	420

Sí, Betty Smith, tuyo es el título. Pero yo he ido a Brooklyn en busca de ese árbol. Y lo he hallado. Por supuesto, no es el mismo “que algunas gentes llaman el Árbol del Cielo”, como lo dice la primera página de tu libro. No. Pero yo lo he visto y podría llamarlo el Árbol de Coney Island. Un árbol que canta, como el de las Mil y una noches.

¡Coney Island! El mar de mi infancia se encrespa y grandes oleadas azotan la memoria en tinieblas. Y apenas desciendo del *subway*, que me ha llevado desde Times Square, me pierdo en la caverna encantada que es la estación Stillwell. Allí empieza el reino. Allí el mundo se repliega, primero, y luego se abre con un inmenso abanico de colores. Y viene la marea de baratillos, tiendas, hoyos mágicos, escalas de Jacob, aviones, trenes locos, casas volantes, la torre de los paracaidistas, los tornados, el Luna Park, los túneles de los sueños en la noche absoluta, los dragones, la pintada *lady* y el *gentleman* y el *clown* que ríen para siempre, los miradores giratorios, los trenes desbocados, las montañas mágicas, las caídas de aguas en las mismas raíces del arco iris, los juegos diversos, el póker infinito, el tiro al blanco contra un bosque de estrellas, de patos y de pájaros, las máscaras, los carruseles con caballos de color que galopan musicalmente, los precipicios, el vértigo, la locura, la vida. Y luego el gran Atlántico con sus sirenas recostadas en las playas doradas. ¡Coney Island!

Y el corazón me palpita. Siento que cien infancias resucitan desesperadamente en mí y que todo mi ser quiere entrar, a toda costa, en esa danza bellamente endemoniada donde la magia abre sus puertas, su cielo, su abismo. Y me es imposible detener al hombre propicio al vértigo que llevo, casi sin que se note, en mí. Y me hago amarrar humildemente, ingenuamente, al paracaídas abierto que me lleva a doscientos cincuenta pies de altura y como a quien se conduce alegremente al cielo. Siento que una mano no muy suave me entierra los dedos en la espalda y luego me estrella con fuerza en el alto disco de hierro, que debe ser la puerta ardiente del Paraíso. Gran ruido de cables. El cielo pierde el equilibrio. Y heme ahí en un descenso vertiginoso, en una carrera azul hacia la tierra, en la caída del Ángel. Pierdo el aliento, la vista, los sentidos. Y no estoy seguro de que sea verdad, pero creo ver la gran corola abierta que me sostiene y que me mira con un ojo terriblemente blanco, mientras me devuelve velozmente a la tierra. Debo haber caído a cien pies bajo el suelo. Debo haber seguido de largo hacia los abismos desconocidos. Debo haber ido a parar al nido de la luna menguante que se perdió el mes pasado. Cuando vuelvo en mí, hay cien pares de ojos que me sonríen con algo que a mí me parece ser la más irritante compasión. Y bien, ahí tienes tu premio, hombre propicio al vértigo.

Huyo retrocediendo, como el niño que abandona al fin el cuarto oscuro. Y me voy a lugares menos peligrosos, menos tentadores de infancias lejanas. Y entro en el túnel de los sueños en la noche absoluta. Y me dejo llevar por el carro mágico. Subidas, bajadas, curvas, luces que se encienden de pronto, esqueletos que abandonan su ataúd en medio de un estruendo musical, máscaras con ojos de fuego, lechuzas que graznan en mi cabeza, fantasmas con los brazos abiertos. Y luego, un dulce caminar por la oscuridad del fondo de la tierra, hasta que una leve luz empieza a crecer en la lejanía y en cuya llama caigo como un insecto. Y no hay socorro posible. Y hay que seguir. El túnel es del largo de la noche. Pero todo tiene su término. Y puedo, al fin, ver la luz verdadera, respirar el aire que es aire y no un soplo de fantasmas. Sí, Ángel Cruchaga; sí, Humberto Díaz Casanueva; sí, Sergio, hermano mío: acabo de atravesar el desierto nocturno de la más profunda y mágica poesía. La poesía del hombre conducido por el ángel negro en las tinieblas. La poesía del ser desatado en el caos. La poesía que es, y que será siempre y más que todo, una especie de terror indefinido.

Y el árbol, el otro árbol de Betty Smith sigue creciendo. Ahora Coney Island es una inmensa fogata. Música, ruidos, gritos, risas. Y las ruedas colosales giran poseídas por el delirio. Y las gentes danzan en el alborozo, en el peligro, en la vida, en la muerte. Y la pintada *lady* ríe para siempre. Y los carros locos pierden la vía y se tumban hacia el abismo. Y el tren infantil corre plácidamente entre paisajes imaginarios. Y los caballos desbocados echan llamas por los ojos, mientras se alcanzan y se pasan endemoniadamente por la pista de rieles más fantástica que es posible imaginar. Y las blusas, las cintas, las cabelleras de los jinetes dejan una interminable estela de luz en el viento. Y el *gentleman* noctámbulo ríe para siempre. Y las casas volantes se cimbran en el aire y sobre valles y montañas de una Virginia imaginaria. Inmensas ruedas giran velozmente con el ser humano hecho un guiñapo y tan pronto vuelto hacia el cielo como hacia la tierra. Y el tren enloquecido y amante del vértigo sube a doscientos pies de altura y desde allí se precipita verticalmente hacia un abismo, para volver a subir y bajar hasta lo infinito. Y el *clown* ríe para siempre. Y el mundo entra en la locura para siempre. Y yo no puedo dejar de tocar ese fuego que marca para siempre.

Y yo me hago amarrar de nuevo, ahora en ese tren que escala el cielo y los precipicios. Y sé lo que es ser arrojado bruscamente en el vacío. Y sé lo que es ascender como trepado en un meteoro. Y sé lo que es despedirse de una parte del cuerpo y del alma que se van a danzar repentinamente al vacío, entre cables, rieles, columnas de hierro, nubes de espuma, océanos abiertos como una flor, días, noches, mundos salidos de su centro, cabezas errantes, bocas en rictus, ojos despavoridos. Perdonadme, no puedo decir sino: ¡yo he visto!, ¡yo he visto! Y os lo ruego, imaginadlo todo a medida de vuestra propia capacidad. Yo no puedo deciros nada más. He perdido la parte terrestre, la parte material, la parte aparentemente lúcida del ser. Imaginad. Y dejadme en este abismo para siempre. Como al *gentleman* en su risa infinita.

Y el ángel laico que me protege me lleva ahora hacia el mar. Y me pierdo en las playas extensas y plácidas donde un mar de olas tranquilas y displicentes acaricia paternalmente a millares de bañistas. Recuerdo Llo-Lleo, Las Salinas, Recreo, Las Torpederas, Caleta Abarca. Recuerdo las olas alzadas del Pacífico del Sur, las terri-

bles olas chilenas que son el júbilo y el terror de los buenos nadadores. No. Estas olas de Coney Island son olas tocadas por Venus. Olas humanizadas, bondadosas, y deben pertenecer a algunas de las tantas instituciones puritanas bienhechoras de los Estados Unidos. Y su presidenta debe ser una sirena vestida de negro, sin escote, con un gran sombrero de paja con flores y que va de playa en playa pronunciando un sermón y obsequiando un pequeño folleto sobre “El contacto moral con el agua” o “Bañese vestida. La desnudez es un pecado”. Y no sin invitar con una sonrisa: “Inscríbese en el Instituto de la Moral Científica”, etc.

¡Oh, mar mío lejano, olas chilenas que vienen en carros tremendos, en montañas líquidas a la playa, en un Parsifal voraz cuyos coros no cesan de repetir: yo soy el mar, yo soy el mar!

Pero ha caído la noche. Y Coney Island levanta nuevas cabezas de fuego. El cielo arde por los cuatro costados. Los paracaídas son ahora algo parecidos a los cohetes voladores con que sueñan tan desesperadamente los físicos de todo el mundo. Se viaja a la media luna. Porque las recientes lluvias de Nueva York han dejado perdida esta luna menguante, hija del invierno que va lejos. Se da una vuelta al meridiano. Se desciende por túneles a las raíces terrestres. Se camina con la cabeza para abajo. Se pasea en tornados. Se consigue una casa amoblada y colgada en el aire y se va en ella, comiendo o durmiendo plácidamente, desde Virginia a California. Se entra en el cielo. Se vive, en fin, en una danza ciega con la vida y con la muerte. Coney Island arde y canta. Brooklyn dormita. Nueva York se estremece. Yo lo sé. Y me vuelvo a la caverna encantada de Stillwell Avenue. Hacia Times Square. En pos del piano más abandonado del mundo que el destino ha puesto a una vieja chimenea en mi apartamento de la muy amada 68 Street, frente al Central Park. Donde amo a Nueva York. Donde recuerdo a Santiago de Chile.

Nueva York, junio de 1947.

(*La Nación*, 13 de julio de 1947)

EN EL *HAYDEN PLANETARIUM*

Un día, así empiezan las bellas historias, me di cuenta que Nueva York no tiene cielo ni, por supuesto, luna. Ni estrellas, a no ser las de Hollywood. Muchas veces quise admirar la luna, por ejemplo, desde los jardines de Riverside o del Central Park. Inútil. ¿A tanto ha llegado el “materialismo” de este pueblo que ha logrado pasarse sin la luna, aunque no sin las influencias lunáticas? Y la explicación es simple: la soberbia iluminación de los rascacielos y los avisos luminosos lo llenan todo y apenas si permiten en el cielo el paso de la sombra del zepelín gris cuya cinta giratoria anuncia una nueva marca de automóvil o una nueva pasta dentífrica. Los aviones se sienten, pero no se ven. La luz se comba y se oculta el cielo y mirar hacia arriba es como fijar la vista en el sol.

Y yo que quería luna. Me era imposible borrar la imagen de la luna chilena sobre las ciudades –terriblemente oscuras, por cierto– y sobre los campos y llanuras donde las lágrimas celestes siguen siendo el pan nocturno de los románticos y de los otros. Sí, yo quería luna. Era una necesidad, una sed, una obsesión. “¿Es que no hay luna en Nueva York?”, interrogué, al fin, a Miss Greta Lilienfield, en cuyos ojos

hay una buena parte del firmamento. “¡Oh! *The moon, the moon...* No sé. Vaya al Planetarium”. No quedé conforme. Recurrí, entonces, a Mlle. Claire Bouvier. Ella, como buena canadiense y de sangre francesa, algo debía saber de la luna. “¡Oh!” dijo. “Sigue usted tan *fou* como cuando llegó. Vaya al Planetarium”. Por ese entonces me encontré con el chileno Luis Enrique Délano y, por supuesto, entre grandes recuerdos sobre Chile, le dejé caer mi preocupación por la luna neoyorquina. “Anda a New Jersey o al Planetarium”, fue su respuesta.

Y tuve que ir al Planetarium. Hasta ahí me había resistido a esa idea, porque imaginaba que allí se encontraría con una serie de aparatos técnicos, telescopios, astrolabios, planos celestes, descripciones de los textos de astronomía, etc. Es decir, todo eso que a menudo disminuye el encanto sideral e impide, en verdad, sentir la proximidad, de la “música de las esferas”. Pero yo estaba equivocado.

“Cincuenta céntimos por entrar al cielo”, me dije. “No está mal. En todas partes se paga mucho más por un cielo bastante problemático”. Y empecé a admirar las pinturas murales de Charles R. Knight. Estupendas, llenas de símbolos y mitos y en una de las cuales el dios Sol cruza el cielo seguido de las diosas estrellas. Más allá están los Seis Hermanos, que hoy llamamos las Pléyades o las Seis Hermanas, debido, tal vez, a nuestro afán por la verdad biológica. Y luego el Pájaro del Trueno, al que los indios veían surgir del bosque de la tempestad. Y no lejos de ahí la Aurora, a cuyo alrededor los hombres danzan corriendo a la noche.

Naturalmente, me detengo también delante del gran retrato de Mr. Charles Hayden (1870-1937), el generoso benefactor del Museo de Historia Natural de Nueva York y fundador del Planetarium. Y al instante me enfermo de Chile. ¿Cuándo veré allí, en alguna fundación “no práctica”, el retrato de un compatriota que se haya desprendido de algunos millones, siquiera para no ser uno más en el tránsito terrestre? Nunca. Y es lo que me duele. Pero... Yo ando de visita al cielo. Quiero luna, quiero estrellas, quiero cometas, y no pensamientos infelices. No es, todavía, la hora del “show”, y la espero junto a las vitrinas donde funciona la mecánica celeste fantásticamente acondicionada por electricidad. Allí están, en función permanente, las fases de la luna, con su piel llena de cicatrices y viruelas; el recorrido de las estrellas y planetas; la vida, pasión y muerte de los cometas; el reino del sol, el de “la mirada terrible”; el nacimiento de las tempestades; la fuga errante de los meteoros; el proceso de los eclipses. Y, naturalmente, los astrolabios, los telescopios, los compases, los relojes de sol, la mecánica toda de que se sirve la astronomía para recordarle al hombre que es un pobre objeto en el vacío sin fin.

Y se abren las puertas mágicas para entrar al cielo. Y me deslizo entre un centenar de personas que, como yo, quieren olvidar la miseria terrestre y vivir un poco de eternidad en el único cielo posible.

Un anfiteatro, y en el centro un gran aparato proyector. Los asientos cómodos, demasiado cómodos para un viaje de esa naturaleza. De pronto resuena la música: un leve coro de Bach, un pasaporte para el cielo. De pronto vuelve la vista todo el mundo: ha entrado el profesor, un joven astrónomo de mirada vaga y lejana, a causa, sin duda, de una existencia habituada a los secretos caminos siderales. Hasta hace poco el anfiteatro estaba lleno de luz, pero ahora todo se va apagando lentamente hasta que entramos en un verdadero crepúsculo. Empiezan a emerger las líneas horizontales de la ciudad, sobre las que sobresale, por supuesto, el Empire State.

Estamos en plena Nueva York y en plena lividez crepuscular. Y poco a poco llega la noche, una noche silenciosa y profunda, como es la noche del mundo y que es también la de la poesía. A los pocos segundos la transformación es completa y henos ahí en cuerpo y alma bajo un firmamento bello y tenebroso a la vez, donde la luna –luna buscada por mí con tanta insistencia– empieza a moverse por un costado del cielo. Y luego las estrellas, las constelaciones, la Cruz del Sur, el Toro, la Osa Mayor, etc. Y allá en lo alto, y de un lado a otro, la flecha blanca que proyecta sin cesar, entre las explicaciones del caso, la mano mágica del joven astrónomo. Todo el cielo se mueve. Y el pobre ser terrestre que soy yo se siente sumergido, de pronto, en un abismo sin fin y desde donde “sabe” que el cielo se mueve, que la luna se pone, que las estrellas pasan, que los meteoros se desprenden, que los cometas juntan millares de pequeñas estrellas perdidas y que forman un largo ejército con una estrella mayor a la cabeza.

Luego todo va haciéndose pálido, casi brumoso. Es la invasión de las nubes, el término de la paz sideral, ni más ni menos que como algunos países turban la tranquilidad de los pueblos de la tierra. Y empieza a formarse la tempestad. Nubes negras. El rayo. El trueno. Y todo el anfiteatro es un caos al compás de la música que no cesa de acompañar las variaciones de la mecánica celeste. Pero vuelve pronto la calma. La anuncia por el horizonte la cabellera en medio círculo del arco iris. Y otra vez la luz.

El viaje ha sido breve. Pero todo el mundo se queda en sus asientos. Hay algo que lo retiene. La magia ha entrado en el alma y, por el momento, no hay poder humano que nos haga librarnos de ella, sentirnos otra vez dentro del ser, convertirnos de nuevo en el objeto mecánico del que tanto nos enorgullecemos y con el cual vamos causando más infelicidad que satisfacción por el mundo. Porfiadas raíces se nos han quedado pegadas en la paz de las constelaciones, en la placidez de los planetas lejanos, en la carrera de los cometas, en los bosques temblorosos de la tempestad y, sobre todo, en los tres ríos de color del arco iris. *Entreme donde no supe, –quedeme no sabiendo– toda ciencia trascendiendo*, dice San Juan de la Cruz.

Cuando salgo del anfiteatro, comprendo que no todo ha sido un sueño. Hay allí unos aerolitos monstruos, mensajes de extraña materia, tanto piedra como hierro, que el cielo deja caer para despertarnos. Como por ejemplo, el “Villamette”, de quince y media toneladas de peso, caído cerca de la ciudad de Oregon, en 1902. Pero el que verdaderamente aterroriza es el “Ahnighito”, caído en Groenlandia en 1897, y que es el más grande aerolito (o meteorito) del mundo y en el cual es imposible poner las manos sin estremecerse y sin pensar en que eso es el frío pétreo del infinito, el ojo duro de una vida o de una muerte que todavía no conocemos, pero que se complacen en hacerse anunciar de tiempo en tiempo.

Qué bien sé yo la fonte que mana y corre aunque es de noche, como dice también ese poeta del fuego que es San Juan de la Cruz.

Nueva York, septiembre de 1947.
(*La Nación*, 14 de octubre de 1947)

CALOR Y LOCURA DE NUEVA YORK

TEMPERATURA

Blanquita y Leandro Lacunza me decían, antes de volver a Chile, a bordo del *Santa Luisa*: "Cuidado con el calor de Nueva York. Es algo terrible". No les creí del todo. Pero ahora lo comprendo. El calor neoyorquino es no sólo algo terrible, sino espantoso. Sube de los noventa grados y uno siente en la piel el cosquilleo de la humedad, una humedad gelatinosa, pegajosa, desesperante. La camisa se hace engrudo a los diez minutos de puesta, y parece que una plancha invisible, una plancha a todo fuego, le recorre a uno el cuello, la espalda, las piernas. El viento es tibio y asfixia. Entonces hay que entrar a algún sitio, a algún lugar donde el aire acondicionado y el whisky con bastante hielo suelen hacer un breve milagro. ¿Verdad, Lacunza? Pero eso dura poco. El calor llama, atrae, envuelve y es la horca de a cada instante, el horno por donde hay que pasar, el río de fuego al que hay que entrar y adorar con los ojos cerrados y sin escapatoria posible. Terrible. Los chilenos pueden esperar tranquilos el próximo verano. El calor de Chile es un baño de espumas, un leve accidente anual, comparado con este incendio general de Nueva York. Y el viento tibio. Y la lluvia de casi todos los días que no sabe mojar sino quemar. Y el roce de los cuerpos en el subway. La asfixia. La locura. El whisky con bastante hielo. El paseo por los parques. La tortura de las playas de Long Island y Brooklyn con sus millones de bañistas. Y el placer neroniano de la ducha tomada cuantas veces se pueda al día. Todo el mundo pulsa la lira y canta a la nueva Roma ardiente. Todo el mundo se sumerge en su propio mar improvisado. Y todo el mundo saborea a su modo los placeres del infierno. Una buena ayuda para la muerte.

Pero el ciudadano americano oye llover. Abandona la casa y se va a los parques con su radio colgada al brazo. Se tiende en el césped o se sienta en un banco y se olvida del incendio con la radio. Las hay del tamaño de una caja de fósforos. Son los hombres sonoros. Pasan y dejan una huella de música. Tienen el mundo al alcance de la mano. Lo llevan en los bolsillos como el gángster la pistola. Y que arda. La fiera humana es también susceptible a la música. Por fortuna.

El aventurero de Brooklyn.

Es el pequeño hijo de Marilyn O'Connell. Tiene dos años y le atormenta el calor. Todos los días abandona la casa y se va de vagabundeo por las calles de Brooklyn. Y vuelve al hogar conducido por un policía. El mismo policía que, a otras horas, reparte palos sobre los huelguistas del Brooklyn Trust Bank, que han tenido la mala ocurrencia de pedir aumento de sueldos. Pero el hijo de Marilyn O'Connell no sabe nada de esas cosas. Él deja la casa en busca del fresco de las calles. Lo devolverán al hogar. Lo sabe. Los policías son sus ángeles, quieranlo o no. Y esto todos los días.

UN MEETING INFANTIL

En Jersey City. El calor hace que los niños tomen la calle. Es natural. Pero en un barrio de Jersey City hay un propietario que tiene un perro terrible. Es un can del porte de un gato, pero odia a los niños. Los persigue apenas los ve y no se contenta

con ladrarles, sino que les da sus mordiscos. Los niños, naturalmente, reclamaron al propietario. ¡Oh, no! Su perro primero. Los niños pueden ir a jugar a otra calle, a otro barrio. Fueron a la policía y ésta aplicó multas. Pero el perro seguía haciendo de las suyas. Entonces decidieron realizar un *meeting*. Y se encaminaron hacia la casa del propietario llevando grandes carteles con “mueras al perro”. Parece que el can tenía mejores sentimientos que su amo, pues apenas los vio venir comprendió que los niños tenían razón y que él era un mal perro, un perro de malos instintos, y que ello le daba categoría de ser humano cualquiera. Entonces corrió, avergonzado, al encuentro de los niños. Debe haberles hecho algunas manifestaciones de excusa y arrepentimiento, pues terminó por echarse a los pies de los manifestantes. En esa posición lo sorprendió el repórter gráfico del *Daily News* y así apareció en la información del día siguiente. Y el perro “converso” ha cumplido su palabra. Con gran sorpresa y disgusto de su propietario, se ha negado a seguir persiguiendo a sus pequeños amigos y ahora toma parte activa en sus juegos infantiles. Nada más que para darle la razón al viejo y odioso Schopenhauer.

INVITACIÓN A LA MUERTE

Debió ser un diálogo leve. Todo fue visto en su espantosa realidad. El médico notificó a Mrs. Ida Zakutinsky de 60 años, que su hijo Sidney de 38, no podría sanar jamás de su antigua afección nerviosa. Mrs. Zakutinsky habló al hijo abiertamente. Y ambos acordaron quitarse la vida. No había otra cosa que hacer. Y Mrs. Esther Golberg, hermana de Mrs. Zakutinsky, los encontró muertos, asfixiados por el gas, al entrar en la habitación de la madre del enfermo. Una breve nota explicaba las cosas: “Esta es la única vía para dar fin a la incurable enfermedad de Sydney. Lo hacemos de común acuerdo. Dispongan de nuestros bienes y paguen todas nuestras deudas”.

En Brooklyn. En el hermoso Brooklyn, donde, ese día, estuvo de vacaciones la muerte.

EL ARTE DE GOBERNAR Y EL OTRO

Mr. Truman, Presidente de los Estados Unidos, declaró el otro día a un periodista que le hizo algunas preguntas sobre arte moderno: “No pretendo ser un artista o un juez en arte, pero soy de opinión de que eso que llaman arte moderno, es justamente la jactancia de ciertas gentes poco maduras y perezosas”. Es posible que el senador Mr. Taft presente un proyecto de ley al respecto al Parlamento.

UN DÍA DE SORPRESAS

A las ocho de la mañana se deslizan varias cartas por debajo de la puerta de mi departamento. Como todos los días. Una de ellas me trae un “bono postal” por 45 céntimos. Me lo remite la librería de la calle 47. Había yo despachado un cheque por el valor de unos libros que solicitaba. Pero sobran 45 céntimos. Y, por supuesto, el librero no podía quedarse con ese “vuelto”. Con ese “vuelto”, que uno no recibe jamás en Chile, ni en el puesto de periódicos, si no lo pide a la fuerza.

A las diez entro en una tienda y compro un traje. Pero al pagar en la caja me dicen que el precio marcado en la etiqueta del traje no es el precio verdadero. Comprendo. Como en todas partes, se engaña al cliente. Pero mi sorpresa es mayúscula cuando leo en el vale que el valor que debo cancelar es de quince dólares menos que lo que indicaba la etiqueta. Por supuesto, advierto su equivocación al empleado. Pero éste me dice, casi dándome excusas, que la mercadería está rebajada de precio ese día, y que, en consecuencia, debo pagar quince dólares menos que el indicado.

Y salgo pensando que un comercio honrado suele hacer grande a un pueblo. Y recuerdo los pesos de más que pagué siempre en las tiendas de mi patria apenas tuve un minuto de distracción para no fijarme en el precio fijado por la ley... de la casa.

DONDE FALLA LA GRANDEZA

Sí, tenía que ser así. Todo el mundo cumple aquí con las leyes estrictamente. El tendero cobra lo justo, el librero devuelve el vuelto por correo, nadie alega no tener sencillo, en ninguna parte se quedarán con un céntimo, porque el céntimo ajeno es sagrado. Muy bien. Pero esta ley humana no la comprende el propietario de inmuebles. Ni en Nueva York ni en parte alguna del mundo.

Hace poco tuve que andar en busca de un departamento. Se sabe que este es el gran problema en Nueva York. ¿Cómo alojar a tantos millones de personas? Bien. Leí un aviso en *The New York Times*, y salí no sin llamar antes, por supuesto, por teléfono. Era en la calle 65, cerca del Central Park. Una habitación regular, muy aseada, baño privado, cocina, etc., 100 dólares al mes. Pero entonces vino lo bueno. Me dice la propietaria que debo sujetarme a las siguientes condiciones:

1°, pago anticipado. 2°, debo permitirle que ella entre a las ocho de la mañana, a mi habitación todos los días, pues tiene la costumbre de permanecer una hora en el balcón por la mañana y el departamento de ella no tiene balcón a la calle. 3°, entrará también al mediodía, pues acostumbra tocar el piano un poco antes del *lunch*, y la mía es la única habitación con piano que hay en la casa. 4°, tendré que permitirle que todos los sábados por la mañana permanezca en mi habitación, pues ella tiene que recibir a su profesor de piano. 5°, también tendré que aceptar que ella ocupe mi balcón durante una hora todas las noches y mientras duren los grandes calores. 6°, no podré ocupar el apartamento por más de tres meses: "¡Magnífico!", exclamé. "Aceptado. Y, por favor, admítame, aunque sea por diez minutos, permanecer en mi habitación a mi regalado gusto. Y eso será, naturalmente, una vez al mes y cuando venga a pagarle los cien dólares. Espero, al menos, que usted será consecuente con este humilde deseo de no su menos humilde arrendatario".

¡Oh, no es tan grande el mundo!

Nueva York, agosto de 1947.
(*La Nación*, 31 de agosto de 1947)

MI AMIGO CHARLES REAGAN EL VAGABUNDO

Sabía yo que la miseria de la calle Bowery es la miseria de todas las ciudades del mundo que el ángel harapiento gusta deambular, precisamente, en la proximidad de los grandes centros donde el demonio del oro muestra su cuerno cerrado, el cofre de doble llave que arde como fuego fatuo en la noche de los hambrientos de todo el mundo. ¿Cómo comprender esta paradoja? ¿Acaso los solares o los barrios abandonados no son el clima propio para los harapos siniestros? Aquí la miseria va vestida de *soiré*. Pero esos rostros, esos cuerpos... Máscaras, y nada más que máscaras, Pero ¿por qué convivir en pleno desprecio humano? Y es que esa horrible calle Bowery está a dos pasos de Wall Street, por no decir que en Wall Street mismo. Y allí la miseria circula con el traje pegado al cuerpo, disfrazada de indigencia, con las manos en el aire y como a punto de atrapar una moneda en el viento, por supuesto, horrendo, entre la negra ferretería del más antiguo ferrocarril elevado de Nueva York. Vi eso mil veces, y otras tantas me pregunté el porqué de esa extraña porfía con el destino. Mas nunca se sabe nada. Ve uno algo, se hace preguntas inútiles y termina por encogerse de hombros, que es la manera típica de no llegar a saber nada nunca.

Pero un día conocí a Charles Reagan. Volvía yo a medianoche de un *party* en casa del chileno Marcos Chamudes. Había vivido allí, revivido más bien, la inolvidable atmósfera de la tierra lejana. Había vuelto a ver a la magnífica Marta Vergara, reposada, llena de las mejores virtudes humanas; a Luis Enrique Délano, el escritor y cónsul de Chile en Nueva York; a Hernán Santa Cruz, el Embajador ante las Naciones Unidas, que en Lake Success se pasea vestido de blanco y en quien veo siempre al fakir que ha perdido el reino; al escultor Tótila Albert, lleno de sueños; al pianista Rafael de Silva, siempre a punto de partir hacia alguna parte; a Lola Falcón, con su "hobby" de la fotografía; a Leticia Guerrero, con algo que no puedo decir, además de ser una alta y delgada luna del trópico. Volvía yo, decía, y quise llegar a mi casa por una de las avenidas del Central Park. Caía una "ligera llovizna". Pero el paseo del Central Park estaba animado como siempre. Y ya que estoy relatando algo, diré que me senté en un banco a descansar y a pensar en lo que estarían haciendo entonces en su sueño las ardillas.

Y allí llegó también, como salido de alguno de los bosquecillos del parque, un hombre en quien adiviné inmediatamente al individuo que de un momento a otro se va a acercar a uno para pedir, muy sutilmente, un cigarrillo. Porque, hay que creerlo, en la gran Nueva York, en la Nueva York de oro, hay también individuos cuya miseria les impide echar mano a un cigarrillo, que es la mayor desesperación que conozco. Y así fue. "Ahora me va a hablar del tiempo", me dije. Pero no acerté. Me dio apenas las gracias y se dedicó a fumar silenciosamente. Daba grandes chupadas, chupadas desesperadas, como un hambre de días, y no arrojó colilla alguna. Fumar así me pareció un refinamiento. Le convidé otro. Esta vez el humo se elevó con calma, con una inesperada tranquilidad, lo que me hizo pensar que ahora había recobrado la dignidad y fumaba con placer. El tercero duró mucho más y le incitó a hablar. Su inglés era puro "slang" y me recordó a las gentes de Brooklyn. Al pronto comprendió que no se hacía entender del todo. "¿Habla francés?", me preguntó, con cierta esperanza. "Sí", dije. "¿De qué país es usted?", interrogó con viveza. Se lo dije. "¡Oh! Eso está en el Brasil, ¿verdad?". Naturalmente, yo veía venir eso. Nadie sabe dónde está el país de uno, a

pesar del latinoamericanismo y de la buena vecindad. "Sólo nos conocen cuando nos quieren vender algo o cuando nos quieren obligar a firmar un tratado", dijo mi demonio nocturno, bastante molesto, sin duda, de encontrar ese equívoco geográfico hasta en los vagabundos. Le expliqué su error. "¡Oh, perdone usted!", exclamó humildemente. "No sé lo que digo, a veces. Todo cuanto sé lo olvido a menudo, menos los idiomas". Y pareció avergonzarse de veras, lo que juzgué de una dignidad sin par. "¿Ha viajado mucho?", pregunté. "Por Europa", replicó. "Hice la guerra. Estuve en el África, en Francia, en Italia, en Alemania".

"El infierno", dije. "No tanto", contestó, con cierta animación. "Algo terrible, eso sí. Pero luego vino la paz y las angustias sufridas fueron olvidándose poco a poco. La espantosa situación de los pueblos liberados: hambre, enfermedades, ruinas y lo peor: el terror moral, las pruebas vivas de los tormentos y horrores de la ocupación nazi, nos parecieron mucho más terribles que lo que habíamos sufrido. Pero todo el mundo celebraba la libertad y nos daban lo poco que les quedaba. De inmediato empezó a cambiar nuestra existencia. Comprendimos que habíamos hecho algo grande. Pero que eso había sido hecho no sólo por nosotros los americanos, sino por todos los pueblos dignos del mundo. Regresamos. Y nos dimos a olvidar la guerra. Naturalmente. Pero ahora sucede que la hemos olvidado demasiado, según parece. Y con mayor razón aquellos que la dirigieron, los verdaderos triunfadores, como resulta más tarde. ¿No ve usted cómo tratan de detener el camino de la libertad? Parecen aterrorizados de haber abierto una ruta nueva para el mundo y quieren no sólo ya detenerse, sino volver atrás, volver a los primeros días del clima nazi".

Hizo una pausa. Le pareció sin duda, haber hablado mucho y que con eso perdía a mis ojos un poco de gloria. Pero luego prosiguió: "Creo que tengo derecho a alarmarme por esta situación. Hice la guerra bajo la idea de que el mundo necesitaba cambiar, de que con el último horror desaparecerían también las viejas triquiñuelas de aquellos que se sienten progresistas en el peligro, pero que, en el fondo, les aterra el progreso de las ideas. Hay países que prefieren olvidar la última catástrofe para dedicarse a sostener por ejemplo, monarquías y hombres que encienden otra vez las banderas de las cruzadas. En una palabra, renace el antiguo pavor contra la libertad. Mi herida no ha cicatrizado aún y tengo profundos motivos para alarmarme. Temo que me necesiten otra vez, que me engañen otra vez y temo también que yo olvide de nuevo y vaya nuevamente al sacrificio".

La llovizna había cesado y empezó a correr un leve airecillo. Eso fue como si una mano invisible nos hubiera tocado a ambos en la frente. Mi amigo se había quedado en silencio, pero yo empecé a llenarme, como siempre, de extraños pensamientos, de ideas confusas. Aquel hombre parecía decir verdades del porte del mundo. Pero yo estaba lleno de las docenas de verdades que flotan en todas partes, en los periódicos, en las conferencias internacionales, en la calle. Todas diferían entre sí, todas contaban con un clima bastante extenso y profundo y sobre todo en una ciudad como Nueva York, donde el buen tiempo y la tempestad llevan el mismo camino. ¿Sería esa la voz del hombre que hizo la guerra? No. Había oído algo distinto en la última convención de la Legión Americana. Había oído también: "Hemos hecho la guerra y la hemos ganado para poner un orden nuevo en el mundo. ¿Qué orden? El nuestro". Y también: "Si piensan que hicimos la guerra para que siga superviviendo el capitalismo y sus ideas, están equivocados". Y también: "Nos

traicionan. La guerra la ganaron los pueblos, y es precisamente la voz de los pueblos la que debe escucharse ahora y en el futuro". "Ganamos la guerra para tener menos ideas y más templos". Etc.

Mi amigo seguía en silencio. Y para no interrumpirlo en sus pensamientos di una mirada hacia el sur de la ciudad, donde se alzaban en soberbia grandiosa las luces de los rascacielos que parecen deshacer su formación para dejarse ver desde el Central Park. Este es un fenómeno curioso: puede uno ver a casi todos los grandes edificios de Nueva York reunidos en un solo frente, aun cuando estén, en realidad, en diversos puntos de la ciudad. Es lo que me sucede con los puntos cardinales: jamás puedo ubicarlos realmente. Quizá sea a causa de la estrechez entre el oriente y el poniente en Chile, mientras que aquí la extensión que abarca es infinita. Sí, el espectáculo de los rascacielos al alcance de la mano desde el Central Park es siempre impresionante y contribuyen a ello la iluminación a colores. Los reflectores de Radio City, la torre transparente del Empire State y sobre todo, la cinta mágica del zepelín de Broadway, que deja caer las rosas ardientes de su propaganda.

"¿Y sabe usted lo que soy ahora?", dijo de pronto mi amigo. "Pues, un vagabundo. Charles Reagan, el vagabundo. No se asombre. Sé lo que usted va a decirme. Sin embargo, no es eso. Cuando partí de Alemania, mi última etapa, tenía grandes esperanzas y me sentía feliz. Pero en cuanto llegué a Baltimore, mi ciudad, todo cambió. Fue una noche, en el *cinema*. Veía una película sobre la guerra. Y apenas aparecieron ante mí vista las escenas atroces de los bombardeos y las batallas, sufrí un tan gran choque nervioso que perdí los sentidos. Volví en mí al día siguiente, en el hospital. Permanecí internado allí durante tres meses. Poco a poco fue desapareciendo la crisis nerviosa y los médicos me creyeron sano, al fin. Y yo también lo creí. Pero todo había cambiado en mí. Sentí cierto horror por mi mujer, por mis hijos y por mi familia toda. Hasta por los amigos. Y, lo peor, no pude trabajar. Me era imposible. Me corroía un malestar profundo, invencible. Y me vine a Nueva York. Tuve empleos, pero me era inútil hacer algo. Hasta que terminé en la calle, en la miseria. En Bowery".

¡En Bowery! "¿Cómo se explica la vida en ese centro de tanta gente abandonada?", le pregunté, restando importancia a su propia historia. "He estado allí por algún tiempo", dijo, "Me hice de muchos amigos, pero ninguno era compañero de armas. Le confieso que he vivido, por entonces, las mejores horas de mi nueva vida y comparables solamente a las que viví después de la liberación en Europa. ¿No lo cree? Es un mundo a oscuras y es allí donde lo humano esconde por fuerza las garras, pues es imposible vivir sin estar en buenas relaciones con las demás y sin ayudarse mutuamente. Además, no todos son miserables en Bowery. Hay individuos con fortuna y no me explico el porqué gustan de esa vida. Ellos suelen ayudar a sus compañeros en los momentos muy difíciles; en la cárcel o en la prisión. Es posible que alguna angustia profunda les haya arrastrado a Bowery. Estoy seguro de que no podrían vivir en otra parte".

En ese momento se nos acercó, a cierta distancia, un individuo de andar un poco cansado. "¡Eh, Charles!"; exclamó y se detuvo. "Mi amigo Bill", me explicó. *I am sorry. Thanks Very Much*, agregó y se fue hacia el recién llegado, no sin gritar: "¡Eh, Bill!".

Nueva York, septiembre de 1947.
(*La Nación*, 19 de octubre de 1947)

EL HOMBRE DE LAS COSAS PERDIDAS

Todas las noches entro con avidez en esa especie de torbellino que son los diarios "del día siguiente", pues aquí uno lee el diario "de mañana" con la mayor naturalidad del mundo, ya que todos aparecen entre las ocho de la noche y la madrugada. Empiezo con el *Daily Mirror*, sigo con el *Daily News* y termino con el *Times* y el *Herald Tribune*. Y heme allí informado de lo que sucedió "hoy", que viene a ser "ayer". Una locura. Por eso muy a menudo pierdo la noción del tiempo, me confundo y no sé, realmente en qué día vivo ni cuándo es que suceden las cosas. Un diario leído a las ocho de la mañana, como en Chile, es un diario atrasado. A esa hora hay ya otros, los de la tarde, que nos cuentan lo sucedido entre la madrugada y el mediodía. ¿Cómo? Lo ignoro. Sí, Salvador Soto, un servicio de informaciones que tiene mucho de mágico y donde los periodistas crean, diariamente el mundo en seis horas y la séptima la dejan para descansar de la octava.

Naturalmente, la noche del 21 de septiembre, entrada del otoño, entrada muy sin ruido, ya que el "calor reinaba con gran desesperación de sus súbditos", viví de nuevo esa alegría y esa desesperación de los diarios neoyorquinos "de mañana". Nada extraordinario. ¡Horror! Solamente el tornado de Miami que seguía haciendo de las suyas: había arrancado bosques enteros, casas, levantado personas por los aires, etc., cosas, por lo demás, que hacen con su gracia tan característica todos los tornados del mundo y muy especialmente los de los Estados Unidos que son, sin duda, tornados serios, solventes, responsables, capitalistas. Respiré con intranquilidad ¿Nada más que eso? No podía ser. Volví a revisar los diarios. Nada. Entonces cambié de restaurante. Me fui a uno que hay en Broadway, cerca de la calle 65. Allí encontré a mi amigo Harris, el viejo suplementero que ofrece *La Prensa* el único gran diario neoyorquino que se edita en español y el único que se preocupó durante tres días de nuestro aniversario patrio. El Dieciocho de septiembre de 1947 no figuró aquí más que en este diario, a pesar de lo mucho que hacen mis compatriotas en Chile por olvidar ciertas cosas gratas de la patria para que los Estados Unidos nos tomen en cuenta. Y allí se hablaba todavía de la fiesta chilena: ecos del almuerzo en la Casa Galicia, donde nos reunimos más de doscientos chilenos encabezados por Félix Nieto del Río, Benjamín Cohen, Carlos Díaz Palacios, Claudio Arrau, Salvador Ocampo, Luis Enrique Délano. Ecos del *party* ofrecido por la "Chilean American Association", donde Mr. Seyborg vivaba a Chile a cada instante y donde tuve el placer de estrechar la mano del sabio Alejandro Lipschutz de quien acaba de decir la revista *Time*, a propósito de la actuación de este eminente profesor en el último congreso del National Cancer Research, que "el más audaz e interesante de los estudios sobre el cáncer fue presentado por el grupo médico chileno encabezado por el Dr. Alejandro Lipschutz".

Pero yo quería "noticias". Estoy a punto de decir que yo quería catástrofes, pues el tornado ya no me hacía mucha gracia. Imposible. El verano se iba de Nueva York con su calor endemoniado. Los diarios seguían hablando mal de Rusia. En Brooklyn no había sucedido cosa alguna. Henry A. Wallace había hecho un discurso algo académico. Y la noche decía: buen tiempo "Poeta, a dormir" fue la consigna.

Por supuesto, el día 22 fue un día aburridor. Nunca me sentí más feliz de saber que ese día "yo me lo sabía de memoria". Ahí estaban los diarios de la noche

anterior. Así fue. Sólo que las tiendas del calor bajaron de golpe las cortinas y las tiendas recién instaladas del joven otoño abrieron sus puertas recién pintadas de gris. Todo Nueva York empezó, como por encanto, a estremecerse bajo una terrible ola de frío. Y es que no hay en ciudad alguna del mundo un clima más cambiante que el de Nueva York. Aquí el tiempo entra en su casa, se cambia de traje y sale a la calle con un disfraz inconocible. Y hay que reconocerlo, cederle el paso, darle los buenos días y seguirlo. Por eso los negros andan con zapatillas de lluvia y paraguas en pleno verano o con delgadas blusas de sport en pleno invierno. El tiempo no logra jugar con ellos. Lo huelen con anticipación y lo acechan.

Y bien sabía yo que los diarios no hablarían sino de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En verdad, por sus páginas corría un escalofrío terrible. Gestos duros, palabras fuertes. “Mercaderes de la guerra”, “Perturbadores de la Paz del mundo”, etc. ¿Aquella era la voz de la paloma resplandeciente que, según dicen, simboliza la Paz? ¡Hum!, me dije. Y me encaminé hacia la calle Broadway, hacia la parte norte de esta Broadway cuyo clima cambia cada dos cuadras, ya que nunca es la misma, y cuya cinta cruza de extremo a extremo la ciudad torciendo de un lado a otro, cruzando a otras calles, cortando, dividiendo y, a pesar de todo, permaneciendo Broadway siempre y en todas partes. Esta avenida y el Times Square —como en otro sentido la Quinta Avenida— son los lugares amados por la gente noctámbula, por los contempladores, por los que van con amigas, por los que necesitan de la soledad ruidosa y de la otra y por el hombre que va espantosamente solo sobre la tierra.

A ese hombre solo fue al que encontré esa noche, justamente en la esquina de la calle 65, no lejos del Cinema Studio, donde se exhiben de preferencia películas francesas y que entonces tocaba el turno a “El asesino vive en la pieza 21”. Y bien, el hombre solo de que acabo de hablar estaba allí, en la esquina, con la vista fija en el suelo. Me detuve y me ubiqué a discreta distancia de él, llevado por una especie de necesidad de observar qué mundo era el que aquel hombre veía pasar a ras de tierra y cuyo hechizo hacía que le brillaran extrañamente los ojos. Pasaron así diez minutos, quince, media hora. Había algo más y yo tenía que saberlo. Que me maten, Raúl Cummings lejano, pero la curiosidad es el mejor y el peor de mis vicios. Hasta que me acerqué al hombre del mundo sumergido.

“A usted le gusta oír el ruido del *subway*, me parece”, dije, no sin excusarme. “¿Eh?” respondió. “Digo que...”. “¡Oh, sí!”, me interrumpió. “Hay algo de eso. Pero no es todo”. Le ofrecí un cigarrillo y seguimos hablando de esas cosas que se dicen entre sí, digamos, los vagabundos. Mas de pronto, me puso una mano en el brazo. “¿Sabe?”, dijo. “Es posible que usted no comprenda del todo, pero mi preocupación, mi ocupación, o ‘mi profesión’ más bien, es buscar cosas perdidas. Sí, cosas que las gentes pierden en la calle, especialmente en las esquinas, a la subida o bajada de los buses. Siempre halla uno algo, y a menudo cosas de valor. Una ciudad tan grande... Esta es una mala noche, parece, para mis asuntos. Todo el mundo anda hoy muy en sí mismo; muy en sus sentidos, quiero decir. Es raro. Las cosas no quieren desprenderse de sus dueños. O sus dueños han logrado, por hoy, domeñarlas, imantarlas. Hay que cambiar de calle. Me voy a la Columbus. ¿Quiere acompañarme?”. “Muy bien”, respondí automáticamente.

Columbus Avenue es casi mi calle. Vivo cerca de ella y la recorro a todas horas. Ahí está mi peluquería, mi almacén, mi botica, mi cafetería, mi puesto de periódicos.

cos, y por ella me voy diariamente hacia el *subway* de la calle 72. Mas entonces, al lado de aquel profesional de las cosas perdidas, me pareció otra. Desde luego, la luz parecía disminuida en las esquinas. “Es lo que se necesita para que lo que se pierde no brille y permanezca allí a la espera de este hombre”, pensé. “¿Eh?”, exclamó mi amigo. “Ya verá usted. Nos quedaremos aquí, en la 66. En esta esquina se detiene el bus y es posible que hallemos algo. No sonría... A veces hay algo bueno. ¿No lo cree? En una ciudad de tantos millones de habitantes se pierde diariamente un objeto por cada cien personas. ¿Por qué no habría de suceder eso ahora, aquí mismo? Hay que esperar. Paciencia, amigo, paciencia. Yo sé lo que digo. A usted no puede interesarle esto. Ni qué dudarle. Pero adivino su curiosidad. ¡Oh, la curiosidad! Por ahí empecé yo. Por ahí se fue formando mi profesión. Mientras tanto...”. “Sí, otro cigarrillo” interrumpí. “Eso es”, dijo el hombre y empezó a restregarse las manos.

El frío del segundo día de otoño venía algo cortante desde el Riverside. El cielo estaba cerrado, como siempre. Pues, como ya lo he dicho, Nueva York, Manhattan, más bien, no tiene cielo. Lo que hay sobre la ciudad es un vapor gris, espeso, húmedo. Hay que ver este vapor, de mil colores, cuando le da por hacerle una corona a la torre del Empire State. Pero ahora no se trata del cielo, sino de la tierra. Y el hombre —el “Hombre de Otoño”, de Gerardo Seguel— está allí con los ojos y con los oídos atentos al objeto que ha de caer, de pronto, de algún bolsillo, de alguna cartera de mujer, de algún paquete. Y lo curioso es que este hombre de tan extraña profesión me ha contaminado y me sorprende a mí mismo con la vista fija en el suelo y casi a punto de gritarle: “¡Allí cayó algo!”.

“¡Oh!” exclama mi amigo, después de algunos minutos. *Bad luck tonight, Joe*. Aquí, en jerga popular, todo el mundo es “Joe” o “Max”. Y por entonces yo soy Joe. “Sí, mala suerte”, le respondo. “¡Hum!”, prosiguió. “Tendremos que caminar. Las cunetas suelen guardar algo. O las veredas. Yo lo sé. Caminemos”. Y no había otra cosa que hacer. “¿Por qué no cambiamos de calle otra vez?” le sugerí, muy metido yo también en la profesión. “Es verdad. Un hombre de ideas vale mucho siempre, aun cuando no sea usted americano”, dijo, y me tomó del brazo.

El primer milagro se produjo ¿dónde?, pues, en Broadway Avenue, pues habíamos ido allí. En Broadway, cerca del *subway* de la 72. Mi amigo se desprendió bruscamente de mi brazo y se agachó. Yo me quedé absorto y tiritaba tratando de adivinar cuál sería la primera “pesca” de esa noche. “Poca cosa”, dijo. “Un aro. Como siempre, nunca es el par. Puede ser de oro, Max lo dirá. Max es mi amigo de Harlem”. ¡Un aro! Empecé a desconfiar del negocio, “Si es de valor”, agregé, “puedo devolverlo. Un *souvenir* quizás”. “Devolverlo ¿a quién?”, interrogué. “Se ve que usted es novicio en el negocio. Si es de oro y, además un *souvenir*, me servirá del *New York Times*. Una pequeña recompensa. Pueden ser cinco dólares”. Entonces recordé que en el *Times* hay una columna diaria donde se pide la entrega de los objetos perdidos, de los objetos de valor, naturalmente. “Encontraremos algo mejor”, dijo mi amigo con toda tranquilidad. Como se ve, yo era ya su socio. El negocio era “nuestro”. Me sentí aliviado. Solamente que a veces me parecía extraño que yo me hubiera asociado, sin quererlo, en ese negocio y con tal individuo. Me encogí de hombros. Mi deber era estar agradecido de mi socio. Y había que seguir.

A los pocos pasos, nuevo movimiento brusco de mi amigo. Esta vez apartó algo con el pie. “Una peineta”, dijo. “Es increíble el número de peinetas que halla uno. Son como la maleza en los sembrados. Lo inútil, el chasco del oficio”. Y muy luego, más pronto de lo que yo pude esperar, he ahí que se agacha de nuevo. “Un brazalete”, dijo. “Mejora el negocio. Es de plata, no hay duda”. Y me mostró con mucho disimulo el brazalete. “Acaba de ser perdido. Casi está tibio aún, casi se puede sentir el calor de la mujer que lo llevaba. Está bien”. Y se lo guardó, sonriendo. Había que seguir.

Cerca de la calle 86 tuvimos otra sorpresa: un paquete pequeño. “Un remedio”, dijo, con un conocimiento del oficio que me sorprendió verdaderamente, porque de eso se trataba. Por supuesto, al bolsillo, a su bolsillo. Y a la cuadra siguiente fui yo quien vio algo en el suelo. “Allí”, le dije, casi orgulloso de mi capacidad, de mi entusiasmo, de mi concentración para el trabajo. “¡Hum!”, exclamó mi amigo. “Un brazalete de hombre. Diez dólares. Muy bien”. Lo recogió rápidamente y dijo. “Vamos a alguna parte. Es necesario examinar esto con mayor atención”. Y entramos a un bar, a uno de esos bares de Broadway donde hay bebiendo más mujeres que hombres y donde las reinas de la noche neoyorquina brillan hasta el amanecer, salvo que encuentren antes a su Joe o su Max. “Creo que podría pedir un ‘rye’ (whisky americano). ¿Tiene dinero?”. Era justo. Y allí en la forma más discreta del mundo, empezamos a examinar el brazalete. Parecía de plata. “H. J. Brighston”, decía el grabado. “¡Oh, Mr. Brighston! Muy descuidado”. Pero no se lo guardó, sino que lo mantuvo dentro de su mano empuñada. Luego empezó a enumerarme los objetos que había encontrado, los lugares, y lo que había obtenido por ellos, “¡Basta!” exclamó de pronto. “Es necesario seguir. Esto no es suficiente para una noche. ¿Me acompaña?”. Entonces volví en mí y recurrí a mis mejores palabras para convencerlo de que yo no podía seguir acompañándolo, y le manifesté, a la vez, el placer con que había aceptado su confianza hasta ahí. No le fue difícil comprender. Se puso de pie y me tendió la mano, diciéndome. “Gracias a usted, también. Le confieso que hoy me sentía muy solo, muy lleno de mi secreto. Sea usted quien sea, aquí tiene este *souvenir*. Es suyo. Su parte, si no hay inconveniente”. Y me pasó el brazalete. Naturalmente, rechacé el obsequio de la mejor manera. Pero él insistió y no tuve más remedio que terminar por aceptar aquel objeto que a mí no me serviría de nada. “Un *souvenir*” –insistió– y se marchó fuera del bar. Fuera de mí y como, según dicen, el alma abandona al cuerpo.

Cuando a mi vez, abandoné el bar, di una mirada Broadway arriba. No lejos de allí, iba mi amigo, mi “socio” de algunas horas, con la cabeza baja, paso a paso. Con las manos en los bolsillos. Lo seguí con la mirada hasta que, tenía que suceder, lo vi agacharse y recoger algo. Confieso que me costó mucho contenerme para no correr hacia él y saber ¡oh, curiosidad!, qué era lo que esta vez había recogido de entre la boca semiobscura de la noche.

Nueva York, octubre de 1947.
(*La Nación*, 26 de octubre de 1947)

AQUELLA CONVERSACIÓN CON AQUEL PERRO

El sol apareció de repente entre la nieve y la lluvia. Eran una nieve y una lluvia delgadas, sin color y casi sin ánimo, pues el cielo agotaba ya su provisión de harina y de lágrimas. Cuatro meses de lucida presentación de vientos y relámpagos, una nevada soberbia, en “record”, y lluvias sin términos irritaron al sol ese día domingo y cortó todas las ramas de la tempestad para asomar la cabeza por encima de los rascacielos de Nueva York. “¡Qué estilo, Dios mío!”. Pues querido lector, un estilo a la manera de la tempestad, de los tornados, de las inundaciones que es como uno se queda pensando aquí después de este invierno que apenas si empieza a demostrar algún afán por irse definitivamente.

Y bien, decía que aquel domingo el sol hizo una asomada por encima de los rascacielos. Naturalmente todo el mundo se echó a la calle, a las plazas, a los “squares” a los parques. Y creo que fui yo uno de los primeros en llegar a la avenida oeste del Central Park. Allí da con fuerza el sol y puede uno deleitarse con la música de la “Tavern on the Green”. Sí, de la taberna sobre el verde. Digamos, sobre el césped. ¡Oh, qué placer! Observé por un momento las piruetas de aquel joven sol de marzo y me sumí luego en la lectura de los suplementos dominicales, monstruos con que aquí obsequian a sus lectores los diarios del domingo.

De pronto sentí que algo así como una mano desconocida se posaba en mis rodillas. Me estuve quieto algunos segundos. Podía ser una ardilla. Pero aquello era algo menos leve. Doblé el periódico. “¡Hola!”, exclamé, y devolví la caricia que me acababa de hacer uno de esos hermosos perros, que hombres y mujeres acostumbran llevar de paseo y que son los amigos de todo el mundo. “¡Hola!”, repetí, recordando al instante a mi querido “Chamaco”, de Santiago de Chile, y a lo que agregué enseguida un: “¡Hola Chamaco!”. “Mi nombre es Big”, dijo de pronto una voz humana que no podía ser sino la de ese hermoso perro, sin duda, perdido. “Big”, agregó, naturalmente, meneando la pequeña cola. “No se asuste, amigo mío y hable despacio. Mi ama suele olvidarme en cuanto encuentra con quien conversar. Ahí está. ¿La ve? A su izquierda, esa del sombrero rojo con plumas verdes. Tiene la mala costumbre de dirigirle la palabra a todo el mundo. Por supuesto, no le es difícil encontrar con quien charlar. Siempre anda diciendo: ‘¡Uf, qué tiempo! Este invierno ha sido terrible. Es lo que le digo a Big’. Big soy yo, naturalmente. Claro que su conversación cambia según la temporada. Lo que me duele es que me olvida. No suelta jamás el extremo de la cadena, y esa falta de confianza suele irritarme. Pero la conozco bien. Ella es así para todo. ¿Entiende?”. Quise responder alguna cosa, pero Big notó mi turbación. Aquello no era para menos. “¡Chit!”, me interrumpió. “Si ella lo oye conversar conmigo se va a disgustar. Nada perderá usted, pero yo sí. ¿Comprende? No es que ella sea cruel. No. Pero es terriblemente celosa. Enrollará la cadena, tendré que permanecer junto a sus pies y eso no es mucho placer. Mire... Ese que va ahí (efectivamente, pasaba por allí un perro lanudo, negro, de hocico cuadrado y con barba) es un buen amigo mío. Su amo es un viejo militar, un poco cascarrabias y a quien mi ama no quiere bien. ¿Lo ve? Es mi amigo, pero tiene un defecto horrible: orina en todos los postes o árboles. Mi ama me ha enseñado que ésa es una fea costumbre. Yo era lo mismo, naturalmente. Pero con el tiempo me di cuenta de que ese acto afea a un perro. No imagina usted cuánto sufrí para librarme de ese

hábito. Ahora es distinto, y mi ama dice que soy un perro muy bien educado. Porque ha de saber usted que si uno tiene buenas costumbres es admitido en todas partes. Así, yo voy al cine, viajo en el *subway*, entro a los restaurantes, etc. Lo que no me consuela es darme cuenta de que los hombres y las mujeres, casi en general, tienen peores costumbres que nosotros. No tiene para qué ofenderse. Mi propia ama no está lejos de eso. A veces, sobre todo a la vuelta de algunas de esas interminables reuniones a que ella asiste muy seguido, suele cambiar de actitud conmigo. Digo que se gasta conmigo ciertas maneras que me sorprenden y me disgustan. Por ejemplo, cuando me lleva a su cama. Yo prefiero la mía, por supuesto. Vuelvo cansado y quiero reposar. Y no es que ella me moleste. No, al contrario. Me mimaba mucho más. Pero ¿quiere qué le diga un secreto? Me disgusta profundamente el olor a persona humana. Y el olor a mujer es muy penetrante. Debe ser a causa de los perfumes”.

“¡Vamos, Big!” le interrumpí. “Eres casi un ser humano. Hablas demasiado y te pierdes. Nunca oí hablar a un perro. Naturalmente hubiera preferido, ya que posees ese don, que hablaras como imagino que debiera hacerlo tu especie. Pero eres un ser humano...”. “¡Oh! Olvida usted que vivo entre personas, que estoy en su ambiente y que me veo obligado a ser como ellas. Ahí va otro amigo mío...”, dijo, e hizo un gesto con los ojos hacia la izquierda. “Su amo es un músico y él mismo se cree un artista. Es terriblemente pretencioso y en cuanto oye un disco ladea la cabeza y se queda escuchando como ese perro blanco de la Victor. ¿Lo ha visto? Bien. Ya ve usted cómo uno adquiere todos los gestos humanos. Tengo otro amigo. Se llama César y es un intelectual. Ya lo oye, es un intelectual. ¿Sabe por qué? Pues, porque su amo es escritor. Debe ser un romántico o un chiflado. El caso es que su amo tiene la costumbre de salir con él a los parques. Por supuesto, lleva muchos libros consigo. Lee todos los *best-seller*, y mi ama, que tampoco lo quiere mucho me ha dicho que eso no es literatura. Yo no sé nada de eso. Bien. El caso es que mi amigo César se sienta en dos patas, junto a las rodillas de su amo, y hace como que lee. Digo que hace como que lee, pues no sabe leer. *Poseurs*, dice mi ama de ellos, no sin razón. Decía usted que nosotros... ¡Ah! Es posible. ¿Qué diría usted si yo le repitiera palabra por palabra lo que conversan mi ama y sus amigas? Es horrible. Cuando yo tenía un año creía que las personas se emborrachaban tanto en sus conversaciones porque hablaban de algo interesante. La experiencia me ha enseñado otra cosa. Menudencias, nada más que menudencias. Casi siempre de vidas ajenas. Amores, eso es, lo que ustedes llaman amoríos. A propósito. Mi ama tuvo algún tiempo la manía de ir a tomar el sol a Lincoln Square. Lindo sitio. Yo me entretenía viendo volar a las palomas. Jamás hice el menor gesto contra ellas y ellas me lo agradecían parándose sobre mis espaldas. Era casi delicioso. Pero un buen día apareció por allí una dama de cierta edad. Y con ella ‘Faty’, una graciosa perrita blanca. Blanca como la nieve. Sentí algo en el corazón y me guardé heroicamente a la espera de lo que sabía que tenía que venir. Mi ama gustaba conversar con todo el mundo, ya se lo he dicho. Y al tercer día sucedió lo que yo esperaba: se hicieron casi amigas. Entonces decidí declarar mi secreto a ‘Faty’. Y lo hice. No me fue fácil, pues ‘Faty’, era una perra delicada, muy delicada, y le tenía un terror atroz a su ama. ¡Oh, fue un amor con sol, césped, palomas y todo! No, miento. No con todo, como dicen ustedes. Un amor platónico, inocente, imposible. Pero éramos felices. A veces nos soltaban un poco la cadena y retozábamos sobre el césped y entre las palomas. Nada más. Pero eso duró

poco. Un día no apareció la dama amiga. Ni al siguiente. Ni nunca más. Entonces me hice un perro ridículo. Permanecía todo el tiempo sentado no lejos de mi ama y con la mirada fija hacia el punto por donde ellas aparecían. Mi ama lo notó pronto. Me amonestó de una manera poco humana y llegó hasta privarme de los paseos. Estuve en casa tres días”.

Big calló de pronto. Lo interrogué con la mirada. “¿Se ha dado cuenta?”, dijo, al fin. “Mi ama tira del extremo de la cadena. Se ha acordado de mí. Disimulo. Me arrastrará hacia ella”. Efectivamente, una nueva tirada de la cadena y un grito casi destemplado lo hicieron alejarse de mí. Me quedé pensando. Un perro... En Nueva York todo es posible. Pero eso duró poco. La dama del sombrero rojo con una pluma verde conversaba amigablemente y olvidó de nuevo a Big.

“Ya ve usted” lo oí decir a mi lado a los pocos minutos. “Siempre es así. Mi ama quiere que juegue con Bull, el perro de su amiga. Pero no me cae bien. Tiene cara de estúpido y de malo a la vez. Y se llama Bull. Otra cosa. Nos ponen unos nombres estas damas... Ya ve usted, yo me llamo Big. Y soy pequeño. El otro, Bull, dista mucho de recordar a un toro. Al contrario, es un perro paralítico. Pero también pasa algo divertido con los nombres de ustedes. Mi ama se llama Miss Violet. ¡Una flor! No lo es, de ningún modo. Tengo mis razones para pensar así. Conozco un monstruo de perro. Es overo y tiene unas patas de oso. Pues, se llama Dick. ¡Ricardito! El intelectual decía el otro día a mi ama que no hay nada más asqueroso que el ser humano. Otra vez quiere guerra, decía. Nunca vive en paz. Es hipócrita, cruel, egoísta, envidioso, perverso y que sé yo cuántas otras cosas más. ¿Es eso verdad? Lo ignoro. Pero si lo dice un hombre. Yo no declararía jamás que los perros son sucios, perversos, malos, estúpidos, etc. Sería hablar mal de mí mismo. Los hombres lo hacen. No entiendo. El intelectual se llama Alexander. Y César habla mucho de un tal Alejandro el Grande. César sabe mucho. No me meto en eso. Ahí va otro amigo... Una amiga. Es Kitty. Bonita ¿eh? Su ama es artista de radio. Un día me tomó en sus faldas. Le juro, olía a whisky. Pero Kitty huele a rosas. Dice que tiene una cama de sedas. Es posible. Dice que se alimenta con jugo de frutas y pasteles. No tendrá buen fin. Me lo dice el corazón. Bien... ¿Y qué leía usted con tanto afán? ¿Periódicos?”.

“¡Vamos, Big!, eres curioso, muy curioso”. “Es que usted no me dice nada. Ni siquiera alguna de esas vulgaridades con que las personas lo adulan a uno. Es usted un poco raro. Cuando mi ama y sus amigas y amigos conversan, hablan todos a la vez. Nadie sabe callar. Yo creía que así era todo el mundo. ¿No quiere usted a los perros? Dígalo en confianza...”. “Al contrario, Big” respondí, más turbado que nunca. “Siempre quise a los de tu especie. En mi país...”. “¡Ah! ¿Usted es extranjero? Debí haberlo adivinado. Los americanos aman mucho a sus perros. Mucho. Pero a ‘su perro’, no a otros. Me estaba dando cuenta ya. ¿Hay perros también en su país?”. “¡Naturalmente! Muchos perros. La mayoría no son de una especie tan escogida como la tuya, pero son también muy fieles y muy inteligentes”. “¡Es raro! Mi ama dice que solamente aquí hay perros inteligentes. Debe ser exceso de patriotismo, sin duda. Esa es la causa por la cual nadie se entiende en el mundo. Mi ama es americana ciento por ciento y para ella no existen más seres humanos que los americanos. A veces eso me llenó de orgullo. Pero un día he conocido a un perro danés auténtico y pensé que mi ama exageraba un poco. A lo mejor lo mismo sucede con las personas. Tampoco sé mucho de esas cosas. Pero uno oye decir tantas extravagancias. Bien...”.

Big hizo una pausa. “¿Qué te sucede?”, le pregunté. “Nada. Pero se me ocurre que estoy diciendo estupideces”. “Al contrario, Big. Me pareces exageradamente razonable”. “No lo creo. Estuve a punto de preguntarle algo sobre política. En casa de mi ama se habla mucho de cierta campaña presidencial. Pero no. Me he contenido a tiempo. Es usted un buen amigo, le estoy muy agradecido y no quiero, al menos por ahora, ponerme a la altura de mis amos. Mi ama me enrolla la cadena. Esta vez será para irnos. ¡Adiós!, ¿le volveré a ver?”.

“Es posible. Te buscaré”.

“Muy agradecido. ¿Sabe? Nos vamos a tiempo. Mire hacia la ‘Tavern on the green’. Ahí viene Bob, les cuenta a todos mis amigos del Central Park que su ama está profundamente enamorada de él.

¡Adiós!”.

“¡Adiós, Big!” , exclamé. ¡Y la lluvia vino en seguida!

Nueva York, abril de 1948.

(*La Nación*, 4 de abril de 1948)

CRÓNICA DE NAVIDAD PARA LOS NIÑOS DE CHILE

Ya está el frío aquí otra vez, queridos amigos. Y cuando digo ya está aquí el frío otra vez, quiero decir también que mañana la nieve será la reina y señora de Nueva York, que Santa Claus hará temblar la barba florida en lo alto del Empire State Building, y que los niños americanos verán crecer el árbol de Navidad en todas las calles, en todas las plazas y en el *home* cálido, transformado por esta vez en el país de las maravillas. Todo eso trae el frío, el frío que para mí no viene sino de Brooklyn. Porque en Brooklyn crecen todos los árboles, cantan los barcos, florecen las rosas y el Prospect Park es el nido mágico de la infancia. Habéis visto a Brooklyn en el *cinema*. Lo habéis visto lleno de sol o de nieve, lleno de parques y jardines, de casas sórdidas y de palacios, de niños vestidos de gala y de niños apenas vestidos, pero todos felices de reinar en su Brooklyn amado. Pero yo lo he visto, tocado, sentido en lo hondo de mi ser y no sin evocar mi infancia en las proximidades del viejo Parque Cousiño, con su eclipse, su laguna un tanto parecida a la del Central Park, sus árboles envejecidos, sus senderos cubiertos de césped. Recuerdo todavía las primeras carreteras de bicicletas del año 1908, las paradas militares, el gran paseo del 19 de septiembre, donde mi infancia se hartaba a regalado gusto con los huevos duros, los “fiambres” los helados, los “guatapiques”, los alfeñiques, la chancaca, que eran todavía verdaderas comidas y verdaderos dulces. Agregad a eso el permiso para jugar a los “volantines” y sobre todo, el gran permiso para beber media copa de “mistela”. ¡Oh, amigos míos!

Pero yo les hablo ahora de Nueva York, la ciudad fantástica. Quiero con esto encender en ustedes el calor de la infancia con todo lo que tienen allí, y con lo que yo quisiera hacerles sentir, lo que la Navidad es para estos niños a quienes los dioses no han olvidado, por la sencilla razón de que tuvieron la suerte de nacer en un país extraordinariamente dotado por la naturaleza y por el hombre, y donde la infancia es todavía la edad adorable. A veces piensa uno que aquí el niño es lo más sagrado, la lámpara siempre encendida. Yo he visto detenerse de pronto el tránsito de la

Quinta Avenida o de cualquier otra calle, aún contraviniendo las ordenanzas municipales, y nada más porque un niño un poco sonámbulo tuvo la ocurrencia de atravesarla mientras los vehículos estaban en movimiento. Todo el mundo ha detenido su carruaje y el buen policía, el admirable policía neoyorquino, ha abandonado su puesto y corrido a tomar de la mano al sonámbulo. ¿Una reconvencción? Al contrario ¿Qué sabe un niño de reglamentos, de peligros, de temores? Él es el osado magnífico, la estrella que se corre, el regocijo que se echa a andar entre lo que, para él, no es sino la abierta soledad del mundo. Y he aquí al pequeño rey en gloria. Pero al instante se me ha sobresaltado el corazón al recordar las miles de veces que vi al mismo héroe caer arrollado entre las ruedas del carruaje loco, guiado por mano enloquecida, en calles, casi desiertas de mi querido Santiago de Chile.

He visto también cómo el comerciante se desprende de un juguete o de un dulce para ponerlo en manos del pequeño que se ha quedado casi helado de asombro ante esas pequeñas cosas que le hacen feliz. Y esta vez, aunque no se entienda, tengo que insistir en malos recuerdos de mi tierra, puesto que siempre fui testigo de ese acto indigno y terriblemente inhumano que es el de privar al niño de lo que desea, de lo que justamente quiere, para ofrecerle en cambio eso que tan ciegamente practicamos: la limosna. Diez centavos, veinte centavos, un peso para que el impaciente vaya a otro sitio a comprar, no lo que desea hacer suyo, sino lo que pueda obtener con la limosna. Lo sé y no me canso de repetirlo: no sabemos amar al niño nuestro. Y que no se me hable de esas instituciones de tortura que suelen formar anualmente personas muy humanas, muy respetables, de muy buen corazón, pero que empiezan por “confesar” al niño, por aturdirlo a preguntas inútiles, por exigirle certificado de conducta, para luego darle más consejos que dulces o juguetes. ¡Oh, no!

Nunca se debe escribir o pronunciar la palabra “infancia” si no se le agrega la de “libre”. Muerte a las argucias, a las sospechas, a las buenas intenciones. La infancia debe ser libre, y es un horror llenarla de perturbaciones de adultos, de mentes en fracaso permanente, en terror vitalicio. La infancia es el único espejo que dice la verdad, el único fuego, el misterio cierto e insobornable. ¡Por qué negarnos a nosotros mismos? Si fracasamos en la vida, no nos desquitemos con la infancia. Nosotros somos los culpables, y lo justo y lo digno es que abramos a ella todos los caminos y entreguemos noblemente nuestra cabeza al verdugo.

Y bien... Yo no sé decir cosas alegres a menudo. La realidad me ciega y comparo, aplasto y me condeno a mí mismo. Creo que es la manera como uno debe hablar del mundo profundo de la niñez. Por eso veo ahora mismo la nieve, el viento, la alegría toda de la Navidad, con la Navidad de oro de Park Avenue y con la de los pobres, por ejemplo, de Brooklyn. Sé que la lujosa Park Avenue está llena de árboles de gala, y que en cada casa hay ricos regalos para los niños. Como sé también que en el Bronx, en Queens, en Brooklyn no hay una Navidad dorada. Pero en uno y otro sitio hay un dulce y un juguete para cada niño. Ningún niño se quedará sin ser visitado por el viejo Santa Claus. ¿Cómo? Confieso que me es difícil entenderlo. Pero ayer me ha dicho el chileno Alfonso Santa Cruz, quien sabe mucho de estadísticas y de otras cosas, que cada norteamericano elabora su presupuesto semanal. Así, no hay presupuesto de pobre o de rico en que no figure en la semana que va del 22 al 28 de diciembre de cada año, la partida relativa a los “regalos de Christmas”. O sea, que esa es la partida sagrada del presupuesto de una familia americana. Y nunca

es confeccionada para su *home* solamente, sino que en ella entran los regalos para los amigos, los vecinos o, lo que tampoco deja de hacerse nunca, para "algún hogar de Europa o de Asia", donde todavía perduran las calamidades causadas por la última guerra. De ahí que el legislador americano no haga aprobar jamás alzas de impuestos, por ejemplo, que empiecen a regir en días de Christmas, pues no sería bien vista una ley que alterara los presupuestos familiares elaborados de antemano para la celebración de la Navidad.

Culto, hábito, lo que se quiera, pero aquí arde Nueva York y los niños cuentan con la oportunidad de charlar con un Santa Claus a las puertas de cada tienda o en las calles y plazas. Pero existe también el hombre demasiado humano, y con un poco de locura sin duda, que ese día se acuerda –se olvida– de sí mismo y se mete en el traje de blusa roja, pantalón y botas negras, gran barba nevada y gorro y que se va a vivir su día de locura magnífica haciendo el Santa Claus por todas partes. Y hay que verlo rodeado de niños encantados, sorprendidos de vivir la más bella ilusión de su vida.

Y hay que meterse en el torbellino encantado de la casa Macy's de Gimbels, Sacks, y en el Times Square, donde millones de personas derrumban el quehacer y la inquietud para volver a ser niños, para retornar al gozo de la ilusión lejana, para hacer descender por un día y por una noche todo de cuanto de bello y secreto guarda el cielo gris de Nueva York, la ciudad a quien un día creí sin corazón.

Y yo quiero, amigos míos, que ustedes también, a medida del cielo chileno, a medida de la ilusión chilena, abran hoy el corazón a la Navidad del sur. A la Navidad sin nieve. A la Navidad donde el clavel y la albahaca cantan, perfuman lo que a los adultos les parece irremediamente perdido, pero que en ustedes se abre con un resplandor cierto. Porque el hombre grande, el hombre de edad de mi tierra, es la máscara trágica que siente horror por la alegría y por la ilusión. Ha crecido de repente y demasiado y cree que su tierra y el mundo lo contemplan; que debe conservar un gesto adulto, un gesto de falso patriarca, de extraño guardador de sabiduría, cuando la verdad es que no hace más que volver las espaldas a lo suyo y al mundo, confundido en ciencia y en presagios, altivo, serio, solo, allí donde la tierra es joven y todo está por surgir. ¡Oh, no! Yo se los suplico: hagan una morisqueta al escepticismo, a los rencores incontrolados, al ánimo decaído, al que ha encontrado la piedra filosofal. La vida es algo más que ese ceño adulto, algo más que esa mano portadora del presagio, algo más que esa palabra amarga que no da frutos.

Yo los quiero ver reír y saltar de ese cielo demasiado azul, debajo de esa primavera extraordinaria que es la más bella del mundo. Yo los quiero ver en libertad y felices con lo poco que ustedes tienen al alcance de la mano; con el jardín ardiente, con el parque en resplandor, con el Pato Donald, con todos los monos animados del cinema extranjero –no hay otro por ahora–, con el viejo circo que reaparece en Navidad, con el carrusel encantado, con los botes voladores, las sillas aéreas, los carros locos, las montañas rusas, los toboganes. Con todo eso que, si no es muy maravilloso, constituye la eterna infancia chilena.

Y que haya algo nuevo, algo que haga morir de rabia al hombre escéptico que allí es como la mala hierba: la risa. Una risa extraordinaria, noble, ardiente. Una risa de niños en el primer día del mundo. Una risa de clavel profundo, de granada, de alelí. Una risa, no de hacendado, ni de banquero, ni de comerciante, ni de político,

ni de sabio. Una risa simplemente de niños cogidos de la mano del futuro más propicio que yo haya imaginado y soñado, ahora que mi destino me hace sentir en lo hondo lo que logra llegar a ser un pueblo que supo reír en la infancia. Una risa que oculte la riqueza dudosamente obtenida y la pobreza tristemente heredada. ¿Es mucho pedir?

Sí, yo lo quiero. Es un ruego. Sé que surgirá profundamente al son de las campanas y de las cornetas. Y yo la oiré, trepado como un niño también, desde el más alto paracaídas de Coney Island. Desde el paracaídas de esa Coney Island de sueño donde la nieve de Nueva York tejerá toda la noche a la orilla del mar de Brooklyn.

Nueva York, diciembre de 1947.

(*La Nación*, 25 de diciembre de 1947)

NOSTALGIA EN EL LINCOLN SQUARE

Llego al Lincoln Square al anochecer. Algunas palomas, hechizadas por las luces de Broadway Avenue, vuelan todavía o bajan a los escaños a recoger los últimos obsequios de los transeúntes. La entrada este del *subway* recoge y arroja a cientos de neoyorquinos sonámbulos que aparecen o desaparecen por uno u otro lado y ciertos de seguir la estrella errante que los guía. Doy algunos pasos, pasos entre palomas o personas; pero yo tenía que ir ese día al Museo Metropolitano. Me esperaban allí más de trescientos años de la tapicería francesa, ese arte admirable en el cual la vieja Francia de siempre se sobrepasa a sí misma con un arte y una sabiduría incomparables. Y heme allí frente a las "Escenas del Apocalipsis", tejidas en 1375, y donde uno se sumerge en la locura mágica de la Revelación de San Juan y donde es posible admirar tanto los símbolos como el ardor artístico con que esos tapices fueron ejecutados e imaginar el fervor para el oficio de los viejos artistas anónimos que se hicieron de los *ateliers* de Arras, Angers, Le Loire, etc., su única y noble razón de vivir. Luego está el siglo xv de Arras. Y si los veinticuatro tapices del "Apocalipsis", son una maravilla, con estos quince de las factorías de Arras, que incluyen "La resurrección", "El ofrecimiento de la tierra", "La historia del Rey Clovis" y "La vida de San Pedro", no hace uno más que seguir el deslumbramiento, el hechizo de una época tan llena de eso que se llama fervor religioso y que aquí está representado no solamente en la majestad del éxtasis, sino también en la ebullición de su guerra terrestre y donde los clarines y las armas guerreras se abren camino turbulentamente hacia la consagración de una fe o de una ilusión terrible, hacia la cual hay que llegar a sangre y fuego. Son verdaderas visiones que turban más que lo que consuelan, pero en las cuales está expresada en belleza y simbología la eterna locura humana que suele apoyarse tanto en la fuerza como en la debilidad.

Después hay treinta obras elaboradas en distintos talleres y que pertenecen al siglo xv: "Escenas de la vida de la Virgen", "La leyenda de San Esteban", etc. Y más allá están los *ateliers* del Loire, de 1500, con "Pentesilea, reina de las Amazonas", "Hércules", "La noble pastoral", todas escenas de un mundo fantástico, de una creación en efervescencia total y donde tanto los ángeles como los monstruos parecen defender su derecho a la existencia en una especie de realidad y de sueño sin par.

Pero el verdadero mensaje de Francia para el mundo actual lo constituyen los seis tapices de Luis xv, "La dama con el unicornio", que han abandonado por primera vez el Museo Cluny de París para ser admirados especialmente en Nueva York y que es el tesoro más valioso de esta "embajada de arte" que Francia acaba de enviar a los Estados Unidos. "La dama con el unicornio" simboliza los cinco sentidos y su *leit motiv* es la caza del unicornio, el animal fabuloso con el cual se han elaborado tantos tapices admirables en diferentes épocas. Estas escenas de los alrededores del castillo de Compiègne, que tienen como base para expresar una interpretación de los cinco sentidos el *tapestry*, "A mon seul desir", con la Dama y el Unicornio, como figura central constituyen una obra de arte imposible de describir, ya que nuestros propios sentidos vibran allí en un entremecimiento total, en una vibración a la vez de serenidad y de catástrofe, y donde, por primera vez, el secreto de las sensaciones y de las visiones, nos es revelado a expensas de nosotros mismos, a expensas de nuestra débil propensión a la realidad o a la magia.

Y el desfile de visiones es, por supuesto, interminable. Hay los tapices de la primera mitad del siglo xvii, los gobelinos de 1650 al 1700, trabajos del siglo xviii, donde toda esta fantasmagoría hecha en lana, seda, plata y oro, se detiene brusca-mente y como conturbada ante el gesto duro y realista del siglo xix. Las factorías detuvieron allí su ritmo creador y retrocedieron, sin duda, espantadas de la inmen-sidad de su propia obra, para dedicarse a cultivar lo hecho, a recrear o conservar la luz conseguida. Los ángeles y los dragones temieron seguir adelante y dieron media vuelta hacia la leyenda, encendida todavía a la distancia, y en una especie de bella y alucinante petrificación en los tiempos.

Así, el siglo xix no tuvo afán creador en el tapiz. Los propios artistas se negaron a dibujar para ese arte incomparable por alguna de esas razones inexplicables de la época. Fue necesario esperar la llegada turbulenta del siglo xx. Y he aquí que renacen los viejos *ateliers* franceses, precisamente cuando parecían haber ganado el cam-po universal las factorías alemanas o belgas. Y Francia vuelve a atraer la atención del mundo, esta vez por intermedio de las inquietudes revolucionarias en el arte del siglo xx. Aquí es donde hay que admirar la paciencia, el ardor y el talento de una Mme. Cottoli, de un Dufy, de un Matisse, y de los más ardientes y más nuevos como Gromaire, Saint-Saens y, sobre todo, el gran Jean Lurcat, el más iluminado y el más convencido de todos. ¿Había alguna posibilidad para "la expresión moderna" en el tapiz? ¿Sería posible equilibrar un mundo nuevo con el pasado? Sin embargo, allí está el milagro. Porque son sencillamente admirables las obras "a la nueva manera". El cubismo, el surrealismo y toda la inquietud de la época, jugaron su carta bajo la fiebre irreal de Jean Lurcat.

Y entonces viene el tapiz moderno: una fiesta deslumbrante de color y de imágenes, a la que ni el más reaccionario gustador de las artes puede permanecer insensible. Un mundo total, rejuvenecido, recreado fantásticamente deslumbrante, como es de imaginar, se unió, hay que entenderlo bien, se unió, a la tradición francesa del tapiz. Un verdadero milagro, si se piensa que este arte cuenta con mayores dificultades de expresión y de fabricación que los demás, y a lo que es necesario unir la responsabilidad de la idea, de la imagen, del ritmo sin perspecti-va —¡Oh, Donatello!— y que no guarda relación alguna con la pintura, aun cuando se piensa lo contrario.

He aquí, pues, a la vieja y nueva Francia en una maravillosa tempestad sobre el mundo actual. Ya no hay ángeles ni dragones, ciertamente, ni santos iluminados, ni vírgenes llenas de palomas, ni mártires, ni templos, ni altares, ni agitados profetas. Pero la mitología moderna aparece aquí en gloria y fulgor. Y en ella hay de todo eso, y mucho más, puesto que la época actual es en verdad la gloria y el infierno juntos y el hombre no ha abandonado la sangrante locura de sus antepasados. Ni la fe. Aunque esta fe desenvaine la espada con más frecuencia que la antigua. Es decir, el tapiz ha abandonado el cielo, bajado a la tierra, y dice su palabra humana con los cinco sentidos, más el de la visión moderna.

...¿No ha sido, en verdad, un agitado día para mí? Y bien, llego al Lincoln Square. Estoy junto a las palomas alucinadas por las luces de Broadway Avenue. Y de pronto me sobresalto. Los tapices del Metropolitano. Y entre eso, la tierra lejana. La estrecha visión, lo limitado, el aprieto, la nostalgia de algo confuso, oscuro, vago, informe. El sentimiento de una nostalgia profunda que no puedo precisar ni entender. El viento del Lincoln Square barre las palomas de pronto y todo es un estruendo, un torbellino, una visión más entre las que acabo de recuperar para mí sin saber cómo. ¡Oh, la vida en grande, en belleza, en ruido, casi en cataclismo!

Y me voy al Duval Bar. Busco un sitio junto a la calle. Desde allí se ve pasar la vida. Los letreros luminosos parpadean. "Lido Hotel", "Drugs Store", "Arena Theatre", "Laurel Drinks", "Whelan Drogs", "Empire Hotel", "Loew's Theatre". Bebo mi whisky y me quedo con la vista fija en unas flores junto a la muralla de vidrio. Pueden ser artificiales. Pueden ser naturales. La realidad y la ilusión se dan la mano mucho más seguido de lo que uno cree. Voy hacia ellas. Cierro los ojos. ¿Artificiales? ¿Naturales? No quiero saberlo. Va en ello mi nostalgia, mi pensamiento, mi vida. Son bellas y me daría lo mismo identificarlas o no.

Al frente está la puerta este del *subway* de la 7ª Avenida. Un día fui al Parque Van Cortland, a Yonkers, más al norte. "Coughlin Funeral House", leo de pronto, hacia la izquierda. Sí, la casa para la muerte higiénica.

Y luego, un letrero de un bar y restaurante que nunca he podido traducir, ni que he querido saber del todo tampoco: "Mike's Ship - A Sea Hoy Food Grotto", y donde las mesas están dentro de unos viejos botes y cuyos mozos, hombres y mujeres, visten de marineros. Recuerdo que he comido allí con Mlle. Thérèse Dulac, joven y pequeña, y a cuyo lado yo era un monstruo. Y recuerdo también que cada hora era anunciada por medio de campanadas de un inmenso reloj de a bordo, pitos, gongs, sirenas. Todo el mundo miraba entonces hacia los ocho relojes que indicaban la hora de 8 países del mundo. Porque todo allí es un barco: hay anclas, botes, velas, trinquetes, mástiles, cordajes, etc., todo eso que yo, hasta ahora, desconozco y que me parece no haber visto jamás. Sí, el "Mike's Ship - A Sea Hoy Food Grotto". Un barco fantasma junto al Lincoln Square.

Junto al Lincoln Square, donde estoy hirviendo de nostalgia, obscurecido, inquieto, feliz y desdichado a la vez, como lo está siempre el hombre en exilio, el hombre que ha dejado su tierra para ir al encuentro de su propio fantasma errante.

Nueva York, noviembre de 1947.
(*La Nación*, 4 de enero de 1948)

EDGAR ALLAN POE EN FORDHAM

Mi real peregrinación hacia Edgar Allan Poe empezó, en verdad, por el fin. Es decir, por su muerte, por el lugar de su descanso definitivo en aquel cementerio abandonado de Baltimore. Luego visité el viejo caserón de tres pisos de la 137 Waverly Place, en Greenwich Village, en el fantástico Village de los artistas en Nueva York, y donde vivió Poe en 1884. Ahí donde la gran ciudad guarda su parte del sueño, a pesar de los rascacielos, de Wall Street, del Rockefeller Center, del Empire State, y donde los artistas y los poetas mantienen su vieja barricada estilo París. El barrio más encantador de Nueva York. Allí todavía, y como una paradoja, bulle el espíritu bohemio nacional e internacional. Porque, y aunque cueste creerlo, Nueva York es la ciudad del arte y donde la posibilidad de los sueños es más que una ilusión. Por supuesto, en el Greenwich Village, en el barrio bohemio, en la bella locura nocturna con pintorescos cabarets, salas de teatro y de conciertos, exposiciones a medianoche y un mundo sonámbulo que pasea su irrealidad por callejas estrechas, junto a pequeños jardines abandonados y casas antiguas, hechizadas, relampagueantes de ilusiones y recuerdos. Y allí brilla la vieja casa de Edgar Allan Poe. En una negrura mágica. En una soledad llena de ojos. En una noche sin fin.

Pero yo tenía que ir a su *cottage* de Fordham. El *subway* me dejó junto al negro y frío Harlem. Y seguí por el Kingsbridge Road hacia el este hasta llegar a Fordham. Allí, en una pequeña colina, tiembla la sinfonía verde del Poe Park. Y hacia la calle 194, el *cottage*, donde el poeta vivió desde 1846 a 1849 y donde murió la joven Virginia Poe, su mujer. Doy una mirada rápida al parque y entro en el *cottage*. En la puerta hay un letrero: "Welcome". La abro, y lo primero que me estremece es el viejo dormitorio de Virginia Poe. Allí está el lecho, en el centro de la sala. Y parece que una luz mágica lo sostiene en el aire. Y me parece ver ahí a la dulce Virginia Clemm, que es ya la pálida Leanora, la extraña Anabel Lee, dueña ahora del mundo crepuscular del poeta y que todavía parece decir en su larga medianoche: "¡Edgar! ¡Edgar!", mientras él recorre la habitación, sin fuerza ya para resistir la angustia de esos instantes que le devuelven toda la negrura y la desesperación que su propio pensamiento puso siempre en la atmósfera de visiones de sus libros. Y la veo abrir los ojos y comprender por última vez que su existencia entra en la zona helada, en el reino de Ulalume, en la constelación de los sueños que el poeta había creado con anticipación para ella y cuyo rumor creyó oír a menudo, no como creado para su vida, sino para sus otras dos imágenes que eran Leanora y Anabel Lee. Ahora es ella misma quien se mueve un poco después de la muerte, y su lividez crece hacia todas partes en pos de la estrella detenida de aquel a quien abandona ya y que lo sabe un débil y oscuro creador de sus sueños.

La veo y pienso en esa larga agonía, en ese extraño intervalo entre la lámpara y las tinieblas donde su alma enferma de la más terrible de las melancolías, como Poe mismo, vislumbra al fin aquel mundo mucho más real de lo que imaginaba y que era el mundo creado por el poeta a lo largo de las peregrinaciones de ambos, a lo largo de Baltimore, Boston, Nueva York, siempre a la siga de la estrella que los guiaba desde lejos y sin descanso. Y el lecho se llena de brumas, las brumas del Weir, y la habitación entera empieza a hacer ruido y a cerrarse para siempre. Pero Virginia está allí. Yo la veo. Y en alguna parte y con algunos sollozos se forma una cascada.

Pero yo soy el tiempo. Y debo seguir. Entonces paso a la habitación contigua, y no es sino Edgar Poe quien está allí, junto a su mesa de trabajo, retocando todavía, como todo creador responsable, las últimas imágenes de “Ulalume” y de “Las Campanas”. Un pequeño estante apenas reprime el ansia de sus libros por ser tocados, por ser abiertos otra vez, por revelar el secreto de las admiraciones del poeta y de las que apenas si dicen algo sus innumerables biografías. Las alfombras mismas parecen iluminarse un poco y querer hablar. La silla, el tintero y la vieja pluma están en suspenso y esperan la luz de aquel pulso tembloroso que les daba vida en la alta noche, mientras algún carruaje atravesaba Fordham velozmente por el camino del Kingsbridge, Bronx afuera. Cerca del escritorio hay una silla, y allí debió soñar Virginia, a la espera del término de la labor nocturna. Espera inútil, porque el poeta reinaba en la noche y sus visiones no se alejarían sino a la llegada del alba. Y la oigo irse al lecho, paso a paso, resistiendo apenas el mal que la martirizaba y del que no debía librarse jamás.

Y dejo a Poe en su penumbra. Y sigo a la cocina. Es una cocina de alquimista antiguo. La gruesa chimenea se enrosca hacia el techo, y no puedo dejar de ver el ojo rojo de los últimos carbones humeantes, propicios a la presencia de los fantasmas. ¡Y qué terrible soledad en esos utensilios caseros, en esas copas y vasos, en esos platos y tazas que dormitan allí a la espera de servir todavía, jubilosas de alimentar aquella existencia sonámbula y siempre a punto de derrumbarse en una fatiga que nunca fue la que ellos hartaron!

Y tantas otras cosas y detalles que me estremecen y que están ahí en una especie de semisueño y en cada uno de los cuales estuvo fija miles de veces la profunda mirada perdida del poeta. Vuelvo al dormitorio de Virginia y voy de nuevo a la sala de trabajo. Hasta que siento que el mundo pesa demasiado y que soy incapaz de continuar resistiendo el ruido de esa vida en suspenso, y salgo hacia el Park Poe, no sin decir algunas palabras a Mrs. Alvina Hall, la anciana cuidadora del *cottage* y en cuyo lenguaje hay ya, por supuesto, mucho de extraño. Afuera hay una placa conmemorativa. Y me regocija pensar en esa curiosa “Society of Arts and Sciences The Bronx”, que es la institución que ha hecho de la casa de Poe un verdadero museo al que americanos y extranjeros visitan diariamente para rendir homenaje al más grande de los poetas norteamericanos.

Como el Park Poe está ubicado sobre una pequeña colina, puedo divisar fácilmente la cabeza lejana del Empire State, atracción que hubiera estremecido a Poe, ya que él gustaba del progreso, y es conocido el asombro que le producía, por ejemplo, el viejo acueducto del río Harlem, cerca de Fordham, y a donde iba a menudo a soñar con las futuras páginas de su maravillosa Eureka. Y quiero volver inmediatamente a la fantástica Manhattan. Pero el parque me retiene de nuevo. Hay una tranquilidad, una melancolía que no tienen los demás parques de Nueva York, que son demasiado brillantes, alegres, y producen otra clase de ideas y sensaciones. Además puedo divisar también los hierros negros, la telaraña sombría del ferrocarril de la Jerome Avenue. Mundo de hierro y de negrura como la estación de Baltimore, que tanto atraía a Poe y cuya nostalgia lo hizo descender allí, conducido ya por la mano de la muerte. Luego hay el grandioso edificio del 8° Regimiento de Artillería, en el Kingsbridge Road, con los altos muros llenos de enredaderas, cosa que me sorprende debido al recuerdo de los regimientos chilenos, donde se ha

apartado a la naturaleza, acaso por considerársele una debilidad o contraria a los sentimientos rígidos de las armas, si es que pueda hablarse de sentimientos en este caso. Junto a la puerta principal hay un jardincillo florido y a algunos pasos un parque terriblemente verde y apacible. Esto me hace pensar en la sencillez de los militares norteamericanos. He visto al general Marshall, de uniforme todavía, y a Eisenhower y me extrañó mucho no sentir esa sensación de terror y de aplastamiento que siempre me produjo en mi patria la vista de un general o de un coronel. Tengo que decir que a veces era una sensación de orgullo, pero luego eso me asfixiaba, me destruía, me aplastaba. Aquí, en cambio, estos terribles hombres que hicieron la guerra van por todas partes con la humildad del soldado raso, y ningún subalterno se ve obligado a cuadrarse al pasar junto a ellos, sino que ambos se hacen el saludo más cordial, más sencillo, más humano que sea posible imaginar. De ahí que el 8° de Artillería atraiga, en vez de apartar, al transeúnte. Y se comprende. Cuando en algún sitio hay dos cañones apuntando hacia el cielo en vez de un jardín, de un parque y de muros llenos de enredaderas, uno se siente destinado a extraños menesteres, llamado a hacer algún día, tarde o temprano, lo que nuestros sentimientos no quisieran hacer jamás. “Cada cosa a su hora”, dice el adagio más sabio que conozco.

Pero tantos pensamientos y sensaciones me agotan. Tomo asiento en el sendero más lleno de cenizas del parque y repaso las postales que he adquirido en el *cottage*. Figura allí, en una de ellas, un hermoso cerezo que cuida la entrada de la casa de Poe. Y vuelvo de nuevo al *cottage*. Efectivamente, ahí está el viejo cerezo, con un joven hijo al lado, ahora. Los miro una y otra vez. Sus ramas parecen estar llenas de rumores del tiempo en que el poeta solía detenerse bajo su sombra a escuchar los ruidos misteriosos de los contornos de Fordham o a contemplar el paso de los viajeros por el Kingsbridge Road hacia el oeste o las afueras del Bronx. Y pienso que ese cerezo apacible es allí la imagen “viva” de Poe brillando al aire y al sol de los jardines; tal como el busto de bronce, debido al artista Edmond T. Quinn, y que recibe al visitante en el *parloir*, es la imagen de oro del tiempo detenido ahí en una especie de noche tornasol, y como el Cuervo petrificado que dormita sobre el umbral de la puerta, entre la biblioteca y la habitación de la “muerta presente”, es el ojo nocturno por donde cobra eternidad la imagen de la soledad y de la bruma de los sueños de los cuales Poe era el mensajero sin par.

Y sigo viendo a Edgar Poe en todo. En los ojos opacos de la anciana que descansa sobre un banco y que suele mirarme como a alguno de los personajes de “aquel hombre de quien tanto se habla en Fordham” y a quien ella debió haber visto pasar alguna vez con su negra corbata flotante. En el grito del niño que se desliza como sobre una barca sobre el césped. En la joven que lee un libro técnico —evocación de las teorías de “Eureka”—, pero cuyo corazón se abre, y tal vez sin que ella, tan moderna, tan actual, sepa darse cuenta, hacia un mundo algo así como el de Ulalume o de Anabel Lee:

El cielo estaba ceniciento y lúgubre;

Los follajes marchitos y huraños:

Se crispaban, marchitos y huraños.

Era noche del solitario octubre.

Del más inmemorial de los años;

*Y era allí, junto al lago de Auber,
En la tierra brumosa del Weir,
Junto a la húmeda ciénaga de Auber,
En el bosque embrujado de Weir...*

En el ruido de los tranvías, con rejas al costado, abiertos, verdaderas "góndolas" del Kingsbridge Road y que reemplaza ahora al de los coches de posta de 1846. En la colosal armazón de hierro del ferrocarril elevado de la Avenida Jerome, que condujo más de alguna vez a Poe a la fantástica Manhattan. En aquel umbral donde salió, como en sueños, el cuerpo brumoso de Virginia Clemm, la pálida.

Cuando regreso a Manhattan, está obscureciendo. Todo Fordham empieza a volver a la tranquilidad. Y por encima de las aguas negras del río Harlem hay un pequeño temblor que no es sino el vuelo del Cuervo, del tétrico cuervo de Poe, hacia la noche sin fin.

(*La Nación*, 27 de julio de 1947)

EN EL MUSEO DE CERA DE CONEY ISLAND

El caserón mismo parece estar hecho de cera, y la extraña mujer que invita al transeúnte no es sino una figura de cera que ha abandonado de pronto alguna de las salas del museo y se ha puesto allí para la invitación hacia el espanto. "Pasad, señoras, señores" dice aquella voz. "Treinta céntimos solamente. Os habéis divertido con las ruedas, los túneles, los carros locos. Pasad ahora a ver la locura de la vida, lo que extravía, lo que pierde para siempre. Yo os doy el horror, el gran horror. Pasad, señoras, señores. Treinta céntimos solamente".

Por supuesto, el novedoso que hay en mí paladea esa dulce invitación al horror, parece complacerse ya con la sangre y el espanto y entra dispuesto a vivir esas visiones de a treinta céntimos tan gentilmente ofrecidas por aquella extraña mujer de cera. Seguidme, pues. Aquí hay la luz de otro reino, la vibración de otro universo, los grandes malos pasos de la angustia humana. Una mano invisible escribe en los muros una sola palabra: "crimen". Crimen aquí, crimen allí, crimen por todas partes. Es la información del hecho policial llevada a la escena, detenida aquí para el conocimiento y el horror.

Seguidme. Eso es, por la derecha. Thomas Richard Conroy, de 39 años, estranguló a Genevieve Connolly, de 10, y echó el cuerpo a un horno. Ahí está la muchacha con la mitad del cuerpo afuera mientras que el asesino forcejea por meterlo del todo entre las llamas. La cara del monstruo tiene una sonrisa que nadie quisiera ver dos veces.

La inquisición de España. La escena representa al inquisidor ordenando los castigos. Un verdugo le quema la lengua a una mujer con un fierro rojo. El ataúd de madera se cierra sobre el cuerpo desnudo de un joven que ha perdido ya los sentidos, mientras en un rincón de la sala de suplicios pende el viejo ahorcado que no alcanzó a pronunciar la palabra salvadora.

He aquí ahora al artista que perdió el alma cegado, sin duda, por uno de esos impulsos desconocidos que hacen del hombre un espantajo. El escultor Robert Irwin

entró en la locura súbitamente. Todas sus obras estaban llenas de la dulce luz de su madre y de su joven modelo. Ellas eran la fuerza creadora, el regocijo y la angustia. Pero Irwin comenzó a abrirse a sí mismo las puertas de una noche sin fin. Le pareció que aquel mundo que él había creado le pertenecía por completo y tanto podía adorarlo como destruirlo. Optó por lo último: atravesó con un puñal el corazón de la madre y estranguló sobre sus rodillas a la bella modelo, cuya mirada aquí es la de un pájaro a quien han cortado la respiración en pleno vuelo.

Una joven, cuyo nombre he olvidado, consiguió abandonar el horror de Europa de posguerra y entró como refugiada en Estados Unidos. Logró traer consigo algún dinero, lo que bien pronto despertó la codicia de una banda de gangsters que empezó a envolverla lentamente entre sus redes. Hasta que una mañana recibió la visita de una dama que venía a ofrecerle su ayuda. "Una mujer sola está siempre rodeada de peligros" le dijo. "Puede contar conmigo desde ahora. Seré su amiga y protectora". Naturalmente, los ojos de la dama visitante eran unos falsos ojos y falsas eran también esas palabras amables. Pero la joven refugiada no podía saberlo. ¿No es así como el mal entra en el corazón humano? Y las redes fueron abriéndose. Hasta que una noche la amiga llegó a su departamento acompañada de dos amigos. La joven refugiada no tuvo tiempo de tratarlos, porque, valiéndose de una artimaña cualquiera la hicieron pasar al baño y allí cayó hacia la muerte. La terrible escena está en una sala. En la otra, de pie, sonriente, con la mirada vuelta hacia el infierno, la cómplice, condenada a presidio perpetuo.

◉ Ved ahora al negro Willie Francis, de 17 años, y a quien le hizo una buena jugada la silla eléctrica. Fue condenado a muerte por un atraco con asesinato. Pero la silla no funcionó y Willie Francis escapó por esa vez a la muerte. Todo el mundo levantó su voz para pedir la conmutación de la pena por presidio perpetuo, ya que el destino parecía no haber escrito todavía su nombre en el terrible registro de los muertos. Parecía justo. Pero el otro muerto iba en viaje. Había que castigar al asesino, y su sombra errante parecía esperar la hora de la justicia. Fue, sin duda, lo que pensaron los jueces. Y Willie Francis fue llevado de nuevo a la silla eléctrica, esta vez muy dispuesta a recibirlo entre sus electrones implacables. Como veis, hay también cierta comicidad en la muerte.

◉ Debo recordar que, como siempre, en esta visita al horror desatado me acompaña la pequeña Thérèse Dulac. Miraba yo el cuerpo sarmentoso del General Robert E. Lee, el gran confederado de Virginia, que yace allí en una muerte muy lejana y muy próxima y muy semejante a esa muerte que el Greco puso con tanta magia en ciertos seres y en ciertas cosas. De pronto paso a la sala contigua y siento en mi brazo algo así como si el museo se derrumbara sobre mí. Miro a Miss Dulac: la silenciosa, la dulce, la pequeña Thérèse se ha desmayado y tengo que hacer grandes esfuerzos para que no se desprenda de mi brazo y caiga allí como herida por un rayo invisible. La llevo hacia una de las puertas de escape y vuelvo a las visiones. "Esa escena debe ser algo verdaderamente fuerte". Me digo. En efecto, allí está Frank Dalezel, el asesino de Miss Florence Polillo. Esta vez se trata del amor. Del amor loco, sin duda, Frank Dalezel era el amante trastornado, el amante vidrioso que invade, penetra y conturba. Aquel amor por Florence estaba más lleno del infierno que del cielo. De ahí a que un buen día, o más bien un mal día, decidió abrir esas puertas, hollar ese jardín, cortar en llamas feroces ese cuerpo que lo enloquecía. Y

lentamente, a sangre fría, con la absoluta tranquilidad del jardinero que corta sus rosas, Frank Dalezel degolló a la bella Florence y siguió cortándola en trozos con la maestría de un cirujano. Aquí hay un muslo, allá un brazo, un pie. La mesa, digamos la mesa de disección, está lleno de sangre y Dalezel sigue su obra con la mayor tranquilidad del mundo. Eso ha costado el desmayo de Miss Dulac y los de muchas otras personas. El guardia me explica que son pocas las mujeres que se acercan a esa escena donde el horror adquiere un lenguaje inverosímil.

“Pasad, señoras, señores”. Oigo la voz que afuera es la invitación al espanto. Y, naturalmente, el espanto sigue. He aquí un cabaret del Oeste. La calle sombría. En una de las mesas hay un grupo de jugadores de cartas. De pronto uno de ellos se ha llevado la mano al corazón y su cabeza se ha doblado sobre la baraja. El asesino ha disparado desde la puerta del cabaret. Todo el mundo ha seguido como si nada hubiera sucedido. El mesonero agita las botellas. Los tres negros de la orquesta lanzan con mayor fuerza una de esas melancólicas canciones del Oeste. Y como para que todo allí sea el paraíso, una mujer a medias ebria y llena de flores y joyas se asoma a la ventana del segundo piso y también invita a pasar a ver el espanto. Parece cosa increíble la realización en cera de esta escena con tantos personajes, con tanto movimiento, y que es la reconstrucción exacta de la antigua vida trágica de California.

Ahora hay un bosque. Tal vez es el otoño, porque las hojas son de subido color rojo. Sobre la hierba yace tendida de bruces una muchacha, la amiga de Peter Solensi, a quien éste ha dado muerte golpeándole en la cabeza con una llave inglesa. De bruces, aterrorizada, como si aquello acabara de suceder. Entre los árboles hay un profundo grito errante. El grito con que la víctima ha debido pedir socorro a la vasta soledad de aquel bosque de Brooklyn. Del Brooklyn que tanto amé una vez. De ese bosque donde debí estar alguna vez jugando con las ramas otoñales que me recordaban un poco la tierra lejana, lo mío en la penumbra de los sueños.

“Pasad, señoras, señores. Treinta céntimos solamente”. Una buhardilla en lo alto de un hermoso edificio en la Quinta Avenida. En la Quinta Avenida, amiga mía; Rafael Brache, Patricio Villafuerte, amigos míos. No lejos de la calle 47 con la librería Gotham, con los bares de la 49, con las viejas tiendas de objetos de arte de la 46. En la calle de las mujeres brillantes, seres humanos, diosas, fantasmas, visiones. Ledas atómicas de Salvador Dalí. Allí donde se refugiaron los dos hermanos torpemente mendigos e inmensamente ricos. El drama de la avaricia. Allí donde una mañana la policía echó abajo una puerta herméticamente cerrada y donde apareció el cadáver de uno de los hermanos mendigos devorado ya por las ratas. ¡Ratas en la Quinta Avenida! Sí, es la vida, es el horror. Las ratas atraen a las ratas. La avaricia es una rata. El hombre es una rata. Allí, con los huesos a la luz, el hombre que pedía limosna en Nueva York mientras su cuenta en el National City Bank ascendía a dos millones de dólares.

“Pasad, señoras, señores. Treinta céntimos solamente”. ¿Recuerdan al gángster John Dillinger? Pues, ahí está, a la salida del *cinema* adonde lo condujo su última estrella y la mujer vestida de rojo que lo vendió a la policía. Ahí está con la pistola humeante en una mano y con la otra sobre el estómago, adonde acaban de penetrar las tres certeras balas de los agentes. A un lado yace el cadáver del policía que Dillinger alcanzó a derribar con un rápido disparo. En el otro extremo y con la

mirada perdida, la joven mujer vestida de rojo, el último amor del gángster, el único amor en quien confiaba su corazón de asesino. El primero en abandonarlo en la tormenta. Un rojo extraño, turbador. El color rojo de la justicia. Y esa mirada cargada de secretos. ¿Qué sucedió en esa alma tan habituada también al crimen? No se diga, no se hable de una repentina iluminación hacia el bien. En un mundo hecho de relámpagos, de bajezas, de miserias sin fin, eso es imposible. ¿Celos? ¿Cansancio? Esa mirada lo dice. El secreto es del color de la noche. Y John Dillinger es la noche. La mujer vestida de rojo es la noche. Y la justicia es también, a veces, la noche.

Os pido perdón. Amé un día pasearme bajo la nieve en Nueva York. Amé la primavera por primera vez y la canté entre el estruendo de hierros enloquecidos. Amé el Central Park con los magnolios monstruos. Amé y fui amado en todos los sitios donde puse la magia de una buena idea, de un buen pensamiento. Amé la vasta soledad de los bosques y las colinas de mi recordada Long Island. Amé todo aquello que para muchos no es todavía un canto de gracia, un himno de luz. Tal vez puse en todo eso el balbuceo de mi corazón solitario. Pero amé de veras.

Así fue, y perdonadme, como un día amé, también, el horror del museo de cera de Coney Island. El espanto ofrecido nada más que por treinta céntimos. Con una joven mujer, también de cera, a la puerta.

Nueva York, junio de 1948.
(*La Nación*, 18 de julio de 1948)